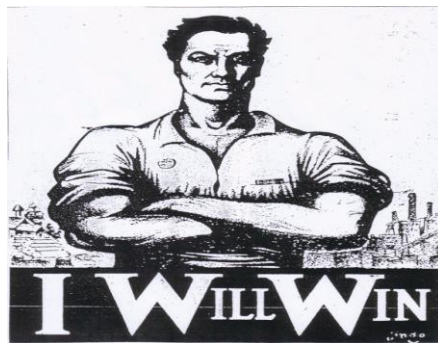


Universidad Libre de Bruselas

**Facultad de Ciencias Económicas Políticas y Sociales- Sección Trabajo
Social (LITSO)**

**“El sometimiento del proceso laboral al proceso de
valorización a través del ejemplo del movimiento obrero
estadounidense 1887-1920”**



«LAS FÁBRICAS SON UN POLVORÍN... HAY QUE HACER ALGO SIN FALTA».

(1912: Secretario de la Asociación de Empresarios de Detroit) (1).

«COMPRENDEN, ESTAMOS AL ACECHO DE ESOS MALDITOS AGITADORES, ESA BANDA DE I
WON'T WORK». (2)

(John Dos Passos: El paralelo 42. Ed. Gallimard, Coll. Folio -1988- Pág. 121)

Memoria presentada por Marc MILANTS

Año académico 1989/1990

I. INTRODUCCIÓN:

* Durante nuestro primer año de licenciatura en trabajo social, nos llamó la atención la importancia que se le daba a la Organización Científica del Trabajo (O.C.T. o «Sistema Taylor») y a sus múltiples desarrollos, no solo en la asignatura de sociología del trabajo del profesor Alaluf, sino también en toda una serie de asignaturas más o menos relacionadas con esta cuestión. Por otra parte, tuvimos la oportunidad de leer la obra de Karl Marx «Un capítulo inédito de El capital» (Unión Générale d'Editions 10/18), en la que el autor desarrolla, en particular, la problemática del paso a la gran industria y al maquinismo a través de los conceptos de «sumisión formal del trabajo al capital» y «sumisión real del trabajo al capital», que definen «las dos fases históricas del desarrollo económico de la producción capitalista» (pág. 191).

Así, se nos ocurrió intentar explicar el fenómeno del taylorismo (O. S. T.) o, más exactamente, el fenómeno del paso a la gran industria, cuyo arquetipo es el sistema Taylor, gracias a los conceptos marxistas (3) de sumisión formal y real, devolviéndoles una validez y una pertinencia que «el espíritu de la época» y la «modernidad actual» tienden a negar, relegando a Marx, en la mayoría de los casos, a lo que él mismo denominaba: «los cubos de basura de la historia». Para hacer más concreta nuestra tentativa de explicación, tomamos a continuación el ejemplo del movimiento obrero estadounidense con el fin de respaldar nuestra demostración y poner de relieve la polarización entre el movimiento sindical «tradicional» (A.F.L.) y el movimiento radical del «sindicalismo industrial» (I. W. W.) como una de las consecuencias de la revolución que se produjo en el proceso productivo.

El ejemplo «estadounidense» no es inocente, además de ser la «patria» del taylorismo, su «pureza» permite comprender un fenómeno histórico mundial que se producirá posteriormente en todos los países centrales (incluida la Rusia soviética) y cuyas consecuencias determinan hasta hoy las fantásticas transformaciones tecnológicas del modo de producción capitalista (M.P.C.) y las consecuencias sociales de estas («descalificación / sobre-calificación», crisis, desempleo, etc.). En cualquier caso, esa sería para nosotros la «conclusión» de nuestro trabajo, «conclusión» que, en realidad, no es más que una nueva hipótesis que otros trabajos podrían validar o invalidar.

Como escribió Marx en su Introducción conocida como «1857»: «*La anatomía del hombre es la clave de la anatomía del mono*» (K. Marx. Manuscrito de 1857-58 «Grundrisse», primera parte, ed. Sociales, 1980, pág. 40).

Hemos intentado utilizar la misma metodología, postulando que la anatomía del capital social de los Estados Unidos es clave para comprender la anatomía del capital en todos los países donde domina el M.P.C., aunque de forma menos desarrollada y menos pura que en los Estados Unidos de América. Tenemos claro que las obras de Marx no son «neutras» ni «objetivas», sino que parten de una toma de partido en la lucha de clases, desde el punto de vista de la clase obrera. Todas sus obras «económicas» no son simples «anatomías» del capital, sino que pretenden establecer su necrológica.

El subtítulo de su obra más famosa, El capital, es «Crítica de la economía política», y él mismo afirmaba al respecto que se trataba de «*Sin duda, el misil más terrible que jamás se haya lanzado contra la burguesía (incluidos los terratenientes)*». (Carta a J. Ph. Becker del 17 de abril de 1867, citada por R. Dangeville en su presentación del «Capítulo inédito», ya mencionado). Nuestro propio interés por estas cuestiones se remonta ya a algunos años atrás y se basa, no en el punto de vista del

observador imparcial (si es que tal punto de vista puede existir), sino en el de alguien que busca comprender mejor la realidad social con el fin de transformarla. Este compromiso, materializado en la elección de nuestro tema, no es, esperamos, la aplicación doctrinal de una nueva «religión», aunque sea laica.

En este sentido, no podemos sino suscribir la crítica que Engels hizo en su momento a Karl Heinzen: *«El Sr. Heinzen imagina que el comunismo es una doctrina determinada que parte de un principio teórico concreto -el núcleo- del que se derivan consecuencias posteriores. El Sr. Heinzen está muy equivocado. El comunismo no es una doctrina, sino un movimiento. No parte de principios, sino de hechos. Los comunistas no parten de tal o cual filosofía, sino de toda la historia pasada y, especialmente, de sus resultados efectivos actuales en los países civilizados.*

El comunismo es el producto de la gran industria y sus consecuencias, de la construcción del mercado mundial, de la competencia sin trabas que le corresponde, de las crisis comerciales cada vez más poderosas y universales, que ya se han convertido en verdaderas crisis del mercado mundial, de la creación del proletariado y de la concentración del capital, de la lucha entre el proletariado y la burguesía que se deriva de ello». (Engels: «Los comunistas y Karl Heinzen», octubre de 1847).

Del mismo modo, es en la historia económica y social donde vamos a intentar encontrar los elementos materiales, los hechos que puedan respaldar nuestra hipótesis teórica, sabiendo que no somos economistas ni historiadores... de formación. El interés de utilizar conceptos teóricos reside en la posibilidad de plantear hipótesis (tesis), de disponer de un marco teórico que permita iniciar el trabajo crítico de comprensión de la realidad, aunque esta última invalide posteriormente el modelo teórico. Se trata, por tanto, como explicaba Marx, de «elevarse de lo abstracto a lo concreto» (véase la introducción de «1857», ya citada, pág. 35) y no de sumar hechos concretos para deducir de forma más o menos «científica» las conclusiones a las que nos gustaría llegar («efecto Rosenthal» en psicología).

Por lo tanto, pondremos nuestras «cartas teóricas sobre la mesa» y será el lector quien juzgue la coherencia del argumento que basamos en la experiencia histórica vivida por el movimiento obrero, en este caso «estadounidense» (4). Una vez más, Engels ya había hecho una precisión similar cuando escribió: *«El conocimiento de las condiciones de vida del proletariado es una necesidad absoluta si se quiere asegurar una base sólida para las teorías socialistas, así como para los juicios sobre su legitimidad, y poner fin a todas las divagaciones a favor y en contra».* (F. Engels: Prefacio a «La situación de la clase obrera en Inglaterra», del 15 de marzo de 1845, en Ed. Sociales, pág. 30, 1973).

Es en las condiciones de vida del proletariado, y más exactamente en el proceso de trabajo que determina estas condiciones, donde vamos a buscar un fundamento material tanto para la existencia del sindicalismo «tradicional» de tipo «gompérista» (I'A.F.L.), y a la vez en el surgimiento de movimientos espontáneos y radicales que rompieron con este sindicalismo, dando lugar hacia 1905 a un «nuevo» tipo de organización, el sindicalismo «industrial», del que la I.W.W. es una de las expresiones más claras (5). Por último, destacaremos esquemáticamente que a cada tipo de sindicalismo le corresponde esencialmente una determinada «composición técnica de clase» predominante: A los sindicatos tradicionales y corporativistas, una composición de clase en la que predomina el «obrero artesano» o «obrero profesional», producto típico de la fase de dominación formal del trabajo por el capital. En la I. W. W., una composición de clase en la que predomina el obrero «no cualificado» (lo que llamaríamos el O.S., obrero de línea) o incluso desempleado, producto

típico de la fase de sometimiento real del proceso de trabajo al proceso de valorización. Insistiremos, evidentemente, en el aspecto predominante, sabiendo que estas diferenciaciones no son absolutas, así como en el proceso siempre complementario de extorsión de plusvalía absoluta y relativa, vector de la transformación permanente del proceso de trabajo. Podría sorprender la aparición «hoy» de estos «nuevos» conceptos de Marx, como si se tratara de resaltar periódicamente tal o cual elemento o tal o cual «nueva lectura». Por nuestra parte, no creemos que sea el caso de nuestro discurso, por una parte porque Marx utiliza estos conceptos de forma implícita y explícita a lo largo de toda su obra, concebida como una totalidad, y cuya periodización del MPC en dos fases superpuestas es la base de la explicación de la aparición del modo de producción específicamente capitalista, etapa de la gran industria - maquinismo.

«Marx menciona la dominación formal del capital o la sumisión formal del trabajo al capital, así como la dominación o sumisión real en El capital, en el primer libro, concretamente en la sección 3, capítulo 8 (edición alemana): «La jornada de trabajo». Sin embargo, no es hasta la sección 4, capítulo 14: «La plusvalía absoluta y la plusvalía relativa», cuando Marx define ambos momentos. Este pasaje no ha sido traducido al francés por Roy. » (J. Camatte: «Capital et Gemeinwesen», ed. Spartacus, serie B, n. ° 98, París, 1976, p. 108).

Y, por otra parte, porque la mayoría de los desarrollos relativos a estas cuestiones proceden de textos «descubiertos» y/o «redescubiertos» recientemente (y cuya traducción al francés es aún reciente). Pensemos en los manuscritos de 1857-58 «Grundrisse» (cuya traducción en Ediciones Sociales data de 1980), en el capítulo VI inédito (traducción de Roger Dangeville en 1971) o en los Manuscritos de 1861-63 (de los que solo se tradujeron los cuadernos I a V en Ediciones Sociales en 1979). Por lo tanto, no es casualidad que G. Labica y G. Bensussan, en su Diccionario crítico del marxismo (segunda edición, Presse universitaire de France, 1982), aborden ampliamente esta cuestión bajo la formulación «subsumción formal/real» (6), págs. 1102-1103.

«En sus trabajos de «crítica de la economía política», Marx utiliza el término subsunción, o también sumisión (Unterwerfung) y subordinación (Unterordnung) para calificar el modo de sometimiento del proceso de trabajo por parte del capital. El concepto tiene un carácter tanto analítico como histórico. Solo cobra sentido cuando se especifica en la oposición entre subsunción formal y subsunción real (del trabajo bajo el capital), considerada como «las dos fases históricas del desarrollo económico de la producción capitalista» (...). (G. Labica y G. Bensussan, pág. 1102).

Por lo tanto, con este trabajo no pretendemos en absoluto aportar una «prueba de originalidad», sino todo lo contrario: contribuir, aunque sea de manera limitada, a la labor colectiva de «rehabilitación» de la teoría marxista, cuya muerte y/o superación se anuncia cada cinco o diez años... Nos vemos obligados a constatar que, desde hace más de un siglo, el cadáver goza de buena salud, un poco a imagen de la dialéctica del MPC, de la que es crítica en acción.

Como ya decía el «joven» Lukacs: *«La función del marxismo ortodoxo -superar el revisionismo y el utopismo- no es, por tanto, liquidar de una vez por todas las tendencias falsas, sino una lucha sin cesar renovada contra la influencia pervertidora de las formas del pensamiento burgués sobre el pensamiento del proletariado. Esta ortodoxia no es la guardiana de las tradiciones, sino la anunciadora siempre alerta de la relación entre el momento presente y sus tareas en relación con la*

totalidad del proceso histórico».(G. Lukacs: «¿Qué es el marxismo ortodoxo?», marzo de 1919, en «Historia y conciencia de clase», ed. de Minuit, París, 1960, pág. 45).

Notas de la introducción

- (1) Citado por B. Coriat en «L'atelier et le chronomètre», ed. Christian Bourgois, París, 1979, pág. 95.
- (2) «I Won't Work»; «No quiero trabajar», juego de palabras con las iniciales de I. W. W. (Industrial Workers of the World).
- (3) Preferimos utilizar el término «marxiano» en lugar de «marxista», menos cargado de contenido ideológico, refiriéndonos a la famosa frase de Marx: «Todo lo que sé es que yo no soy marxista». Citado por M. Rubel en «Marx critique du marxisme», Payot 1974, p. 6.
- (4) A menudo hablaremos del movimiento obrero «estadounidense», lo que para nosotros significa que se desarrolla en el espacio geográfico estadounidense, sabiendo bien que, en la mayoría de los casos, el origen nacional de los protagonistas es Europa. ... hasta China (pensemos en los numerosos proletarios chinos que construyeron las vías férreas en los Estados Unidos).
- (5) Podríamos establecer un paralelismo entre la aparición simultánea de las I. W. W. en los Estados Unidos EE. UU., y la de los «consejos obreros» en Rusia, o incluso la de las «uniones» en Alemania, que para nosotros materializan fundamentalmente el mismo tipo de problemática. A menudo, algunos de los iniciadores de las «uniones» en Alemania, por ejemplo, habían trabajado en los EE. UU. y habían sido miembros de la I.W.W. Es el caso de Fritz Wolfheim, teórico de los sindicatos industriales; cf. Broué P. «Révolution en Allemagne», éd. de Minuit, París 1971, pág. 935.
- (6) El término «subsumción» significa tanto «dominación» como «impregnación». Se trata de la traducción del término alemán «Unterwerfung», que además del concepto de dominación/sumisión, contiene el de plena integración, algo que la palabra francesa «domination» no logra expresar. La «dominación» puede ser, en efecto, un factor externo. Por nuestra parte, utilizaremos por comodidad los términos dominación, sumisión y subsunción como sinónimos.

II. INTENTO DE DEFINICIÓN DE ALGUNOS CONCEPTOS MARXISTAS

A. Plus valía absoluta y dominación formal

*Es en el capítulo octavo de la tercera sección de su obra «El capital» donde Marx aborda la cuestión de la plusvalía (1) absoluta, cuya piedra angular es la prolongación de la jornada laboral: *«El capitalista reclama su derecho como comprador cuando intenta alargar la jornada laboral al máximo y convertir dos jornadas de trabajo en una sola. Por otro lado, la naturaleza específica de la mercancía vendida implica una limitación de su consumo por parte del comprador, y el trabajador reclama su derecho como vendedor cuando quiere limitar la jornada laboral a una duración normal determinada. Por lo tanto, existe aquí una antinomia, derecho contra derecho, ambos con el sello de la ley del intercambio mercantil. Entre derechos iguales, es la violencia la que decide. Y así, en la historia de la producción capitalista, la regulación de la jornada laboral se presenta como la lucha por los límites de la jornada laboral. Lucha que opone al capitalista global, es decir, a la clase capitalista, y al trabajador global, o a la clase obrera».* (K. Marx: «El capital», libro I, E. S., pág. 261).

Como se puede ver directamente aquí, el primer modo (en el tiempo) de extorsión del valor añadido fue, históricamente, la prolongación de la jornada laboral; lo que correspondía a la prolongación de la parte de «sobre trabajo» en relación con la de «trabajo necesario», materializando así un aumento de la tasa de plusvalía, es decir, de la relación entre la plusvalía y el trabajo necesario o, dicho de otro modo, de la relación entre el beneficio y la suma de los salarios distribuidos. Esta prolongación de la jornada laboral no es infinita y, ya en la cita anterior, Marx destaca la limitación social, la resistencia y la lucha obrera como factores antinómicos a esta prolongación del tiempo, que supone un aumento de la explotación (ya que la tasa de plusvalía = la tasa de explotación). Por otra parte, también existe una

limitación «objetiva», física, a esta prolongación, a saber, el hecho de que un día solo tiene 24 horas y que, además, es necesario «conservar» una parte de ese tiempo para la reconstitución de la fuerza de trabajo. Así, los factores objetivos y subjetivos se acumulan para obligar a los capitalistas a desarrollar otra forma de aumentar el trabajo extra y, por tanto, la plusvalía: la extorsión de la plusvalía relativa.

Antes de desarrollar las modalidades propias de la extorsión de plusvalía relativa, cabe señalar que, en el caso de la extorsión de plusvalía absoluta, el capital actúa esencialmente sobre el tiempo sin afectar al proceso de trabajo en sí; así, en general, durante la fase en la que predomina la extorsión de plusvalía absoluta, el proceso de trabajo permanece intacto, es decir, se toma tal cual de los modos de producción precapitalistas, para ser dominado por el proceso de valorización (producción de plusvalía) sin sufrir otra transformación que la concentración en un lugar (etapa de la cooperación y la manufactura)

«Que un número importante de obreros trabajen al mismo tiempo, en el mismo espacio (o, si se quiere, en el mismo campo de trabajo) en la producción del mismo tipo de mercancía, bajo el mando del mismo capitalista, es lo que constituye el punto de partida tanto histórico como conceptual de la producción capitalista.» (K. Marx: «El capital», ya citado, pág. 362).

En su obra titulada «Un capítulo inédito del capital» (Ed. 10/18) (2), que en realidad no es más que la traducción al francés del sexto capítulo de la versión denominada «primitiva» en alemán, que el primer traductor, Joseph Roy, no incluyó en la versión francesa, Marx define muy claramente esta fase del capitalismo en la que predomina la extorsión de plusvalía absoluta:

«Denomino sometimiento formal del trabajo al capital a la forma que se basa en la plusvalía absoluta, porque solo se distingue formalmente de los modos de producción anteriores sobre cuya base surge espontáneamente (o se introduce), ya sea que el productor inmediato siga siendo su propio empleador, ya sea que deba proporcionar trabajo extra a otros». (K. Marx: «Un capítulo inédito del capital», traducción y presentación de Roger Dangeville -Unión Générale d' Edición-10/18,1971, pág. 202)

«Si la producción de plusvalía absoluta corresponde a la sumisión formal del trabajo al capital, la de plusvalía relativa corresponde a la sumisión real del trabajo al capital (...).» Si se consideran por separado cada una de las formas de plusvalía, absoluta y relativa, la de plusvalía absoluta siempre precede a la de plusvalía relativa.

«Pero a estas dos formas de plusvalía corresponden dos formas distintas de sometimiento del trabajo al capital o dos formas distintas de producción capitalista, de las cuales la primera siempre abre el camino a la segunda, aunque esta última, que es la más desarrollada de las dos, pueda a su vez constituir la base para la introducción de la primera en nuevas ramas de producción» (Ídem, pág. 201). «De hecho, el modo de producción específicamente capitalista conoce aún otros modos de extorsión de plusvalía, pero, sobre la base de un modo de producción preexistente, es decir, de un modo dado de la fuerza productiva del trabajo, y del modo de trabajo correspondiente al desarrollo de esta fuerza productiva, la plusvalía solo puede ser extorsionada prolongando la duración del tiempo de trabajo, en forma de plusvalía absoluta. La sumisión formal del trabajo al capital solo conoce, por tanto, esta única forma de producción de plusvalía» (Ídem, pág. 195).

Vemos así cómo la fase de dominación formal se caracteriza tanto por la producción de plusvalía

absoluta como por la sumisión formal del proceso de trabajo que el capital aún no ha transformado, que aún no ha hecho plenamente conforme a su naturaleza de «valor que se valoriza», dejando así subsistir en el obrero un modo de trabajo y un conocimiento del mismo, cercano al de los modos de producción precapitalistas, esencialmente el feudal (3). Es lo que llamaremos el tipo de «artesano obrero» u «obrero profesional», orgulloso de su cualificación –real- y que se organiza esencialmente en función de su oficio. En este sentido, es significativo señalar que los primeros sindicatos tuvieron su origen, entre otros, en los tipógrafos, obreros «sobre-cualificados» del libro, ya que debían saber leer y escribir.

« (...) Si bien el mantenimiento de los «secretos» dentro de la línea del maestro artesano sigue siendo la excepción, el «oficio», de manera sistemática y generalizada a lo largo de todo el siglo XIX, constituirá la piedra angular sobre la que se construirá la organización obrera, su capacidad de resistencia y su fuerza. Es en Estados Unidos, más que en ningún otro lugar, donde las cosas toman un giro más claro». (B. Coriat : «L'atelier et le chronomètre», Christian Bourgois éditeur, 1979, p. 29).

Para resumir esta primera noción, diríamos con G. Labica y G. Bensussan: *«Lo esencial en la subsunción formal, a ojos de Marx, es:*

a) El hecho de que la subordinación del trabajo al capital no se deriva de una relación sociopolítica, sino únicamente del control de las condiciones de trabajo por parte del capitalista y, en consecuencia, de la dependencia económica del trabajador.

b) El hecho de que «las condiciones objetivas y subjetivas del trabajo se presentan al trabajador como capital», fuente de la mistificación propia de la relación capitalista/trabajador asalariado, la fuerza productiva del trabajo se presenta como fuerza productiva del capital. (G. Labica y G. Bensussan: «Dictionnaire critique du marxisme », PUF, Paris, 1982, pág. 1102).

El proceso de trabajo, aunque sometido al capital (una de cuyas definiciones es precisamente la del doble proceso de trabajo y valorización), no es todavía en sí mismo un proceso capitalista de trabajo, del mismo modo que el conjunto de la sociedad aún no está plenamente subsumido por la lógica de la valorización. Así, si en términos generales el movimiento obrero y sus diversas organizaciones siguen excluidos de la sociedad civil en la fase de dominación formal (prohibición de las asociaciones de productores, exclusión del derecho de voto, etc.), progresivamente, con el desarrollo del proceso de sometimiento real, el movimiento obrero es primero reconocido y luego legalizado como «socio» colectivo dentro del MPC.

El punto de inflexión visible de este proceso gradual de integración se sitúa en la Primera Guerra Mundial, cuando la adhesión de la gran mayoría del movimiento obrero socialdemócrata (y anarquista) al estallido de la guerra, junto a las diferentes burguesías nacionales, se «pagó» a cambio de una participación abierta en el Estado, que se materializó en la mayoría de los países capitalistas con el desarrollo, después de la guerra, de mecanismos paritarios de gestión de las relaciones sociales, cuyos corolarios son y eran el consenso nacional y la paz social. En este sentido, los sindicatos «tradicionales» se integraron plenamente en el aparato del Estado (fase de sumisión real) como representantes/gestores colectivos del precio de la mercancía fuerza de trabajo (gestores del mercado laboral). Son la columna vertebral social del proceso de realización de la democracia; en el plano político, esto se expresa mediante la existencia de grandes partidos «obreros» -al menos desde el punto

de vista sociológico-; en el plano social, sustentando la representación política, las grandes centrales sindicales expresan el proceso de democracia social. El proletariado no se concibe como una fuerza revolucionaria (clase en el sentido marxista pleno), sino como una «masa» de vendedores de su única mercancía: la fuerza de trabajo, cuyo valor de cambio es el salario y cuyo valor de uso es la especificidad de crear un plusvalor, un nuevo valor.

Volviendo a la definición del concepto marxista de la fase de subsunción formal, en la que predomina la extorsión de plusvalía absoluta, nunca insistiremos lo suficiente en que se trata de un proceso en el tiempo y en el espacio que tiene su punto de partida en la utilización por parte del capital (proceso de valorización) del proceso de trabajo esencialmente inalterado, antes de transformarlo y revolucionarlo progresivamente mediante la introducción de nuevas condiciones técnicas que desarrollan la productividad del trabajo y reducen así el valor mismo de este (desarrollo de la extorsión de la plusvalía relativa).

«Cuando se trata de obtener plusvalía mediante la transformación del trabajo necesario en sobre trabajo, ya no basta con que el capital, dejando intactos los procesos tradicionales de trabajo, se contente con prolongar simplemente su duración. Por el contrario, debe transformar las condiciones técnicas y sociales, es decir, el modo de producción. Solo así podrá aumentar la productividad del trabajo, reducir así el valor de la fuerza de trabajo y, con ello, acortar el tiempo necesario para reproducirla» (K. Marx: «El capital», libro II, pág. 9).

Así, dentro de la fase de subsunción formal que corresponde globalmente al siglo XIX, ya se desarrolla en los polos de concentración capitalistas el proceso de subsunción real (en Inglaterra, por ejemplo, proceso ampliamente descrito por F. Engels en su obra «La situación de la clase obrera en Inglaterra»), aunque, en general, y sobre todo desde el punto de vista mundial (dentro del propio mercado mundial), sigue predominando el modo de extorsión de plusvalía absoluta, que abre el camino al desarrollo de la extorsión de plusvalía relativa y, por tanto, al dominio pleno y total del modo de producción específicamente capitalista, ya que, desde su punto de vista, se ha apropiado real y totalmente del proceso de trabajo y del conjunto de la sociedad.

Como sintetiza E. Balibar: «En la «subsunción formal», por el contrario, la pertenencia del trabajo al capital solo viene determinada por su no propiedad absoluta de los medios de producción, pero en modo alguno por la forma de las fuerzas productivas, que siguen organizadas según los principios del oficio. El retorno al oficio, para cada trabajador, no parece estar excluido.

Por eso Marx dice que la pertenencia del trabajador al capital sigue siendo aquí accidental: *«En los inicios del capital, su dominio sobre el trabajo tiene un carácter puramente formal y casi accidental. El obrero solo trabaja bajo las órdenes del capital porque ha vendido su fuerza; solo trabaja para él porque no tiene los medios materiales para trabajar por cuenta propia» (El capital», libro II, pág. 23). (L. Althusser-E. Balibar. «Lire le capital», ed. Maspero, tomo II, PCM n.º 31, París 1970, págs. 219-220).*

Así, podemos observar cada vez más, dentro de la fase de sometimiento formal, el desarrollo de la dominación real en determinadas empresas, ramas industriales, países enteros... lo que determina un periodo que definiremos como «bisagra» entre la fase de sometimiento formal y real, y que corresponde a finales del siglo XIX y principios del XX. Este período «de transición», en el que el

predominio de la extorsión de plusvalía absoluta tiende a transformarse en un predominio de la extorsión de plusvalía relativa, es más claramente visible en Estados Unidos con la introducción y generalización del sistema O.S.T. de Taylor (4) y las múltiples consecuencias que esto provocará tanto en la estructura del capital como en la del proletariado y sus organizaciones. Pero, en este punto de nuestra exposición, queremos subrayar sobre todo el hecho de que si hablamos de «predominio» es porque los dos modos de extorsión de plusvalía (absoluta y relativa) son complementarios y concomitantes; lo que varía es la relación entre ellos, precisamente en términos de «dominación», y sus consecuencias en la transformación capitalista del proceso de trabajo (división del trabajo, «descalificación», etc.).

Los dos modos de extorsión de plusvalía se superponen así y se desarrollan recíprocamente, como explica Marx muy claramente: *«Desde cierto punto de vista histórico, la diferencia entre plusvalía absoluta y plusvalía relativa parece ante todo ilusoria. La plusvalía relativa es absoluta porque implica la prolongación absoluta de la jornada laboral más allá del tiempo de trabajo necesario para la subsistencia del obrero. La plusvalía absoluta es relativa porque implica un desarrollo de la productividad del trabajo que permite limitar el tiempo de trabajo necesario a una parte de la jornada laboral. Pero si nos representamos el movimiento de la plusvalía, esta apariencia de identidad de especie desaparece. Una vez que el modo de producción capitalista se ha instaurado y se ha convertido en el modo de producción general, la diferencia entre plusvalía absoluta y plusvalía relativa se hace perceptible en cuanto se trata de aumentar la tasa de plusvalía en general.*

Si suponemos que la fuerza de trabajo se paga a su valor, nos encontramos ante la siguiente alternativa: dada la fuerza productiva del trabajo y su grado normal de intensidad, la tasa de plusvalía solo puede aumentarse mediante una prolongación absoluta de la jornada laboral; por otro lado, con un límite determinado de la jornada laboral, la tasa de plusvalía solo puede aumentarse mediante el cambio de la magnitud relativa de sus partes, el trabajo necesario y el trabajo extra, lo que a su vez, dado que el salario no debe caer por debajo del valor de la fuerza de trabajo, presupone un cambio en la productividad o la intensidad del trabajo». (K. Marx: *L.I Werke*, tomo 23, págs. 532-34, citado por J. Camatte en *«Capital et gemeinwesen»*, pág. 110).

Una vez aclarados estos puntos sobre el carácter indisociable de la extorsión de plusvalía absoluta y relativa, así como sobre el solapamiento de los períodos de sumisión formal y real (evitando una visión simplista que niega los desfases temporales y espaciales entre las distintas áreas geopolíticas), podemos pasar a profundizar en las definiciones de plusvalía relativa y fase de dominación real.

B. Plusvalía relativa y dominación real

* La aparición del modo de producción específicamente capitalista, como lo denomina Marx, es decir, del MPC que se ha sometido por completo al proceso de trabajo, es la condición para la extorsión del plusvalor relativo.

«Al desarrollarse, las fuerzas productivas de la sociedad, o fuerzas productivas del trabajo, se socializan y se vuelven directamente sociales (colectivas), gracias a la cooperación, la división del trabajo en el taller, el empleo de la maquinaria y, en general, la transformación que sufre el proceso de producción gracias al empleo consciente de las ciencias naturales, la mecánica, la química, etc. aplicadas con fines tecnológicos determinados, y gracias a todo lo relacionado con el trabajo

realizado a gran escala, etc. (solo este trabajo socializado es capaz de aplicar los productos generales del desarrollo humano -por ejemplo, las matemáticas- al proceso de producción inmediato, ya que el desarrollo de estas ciencias viene determinado a su vez por el nivel alcanzado por el proceso de producción material). »

«Todo este desarrollo de la fuerza productiva del trabajo socializado, así como la aplicación de la ciencia al proceso de producción inmediato, este producto general del desarrollo social se opone al trabajo más o menos aislado y disperso del individuo particular, y ello tanto más cuanto que todo se presenta directamente como fuerza productiva del capital, y no como fuerza productiva del trabajo, ya sea la del trabajador aislado, la de los trabajadores asociados en el proceso de producción, o incluso una fuerza productiva del trabajo que se identificaría con el capital». (K. Marx: «Un capítulo inédito de El capital», ya citado, págs. 199-200).

«La sumisión real del trabajo al capital se desarrolla en todas las formas que producen plusvalía relativa, a diferencia de la plusvalía absoluta. La sumisión real del trabajo al capital va acompañada de una revolución completa (que continúa y se renueva constantemente) del modo de producción, de la productividad del trabajo y de las relaciones entre capitalistas y obreros. La sumisión real del trabajo al capital va de la mano con la transformación del proceso de producción que acabamos de mencionar: desarrollo de las fuerzas de producción social del trabajo y, gracias al trabajo a gran escala, aplicación de la ciencia y la maquinaria a la producción inmediata.

Por un lado, el modo de producción capitalista, que actualmente se presenta como un modo de producción sui generis, da a la producción material una forma diferente; por otro lado, esta modificación de la forma material constituye la base para el desarrollo de las relaciones capitalistas, que exigen, por lo tanto, un nivel determinado de evolución de las fuerzas productivas para encontrar su forma adecuada. (K. Marx, ídem, págs. 218-219). Para resumir esquemáticamente, diríamos: modo de producción específicamente capitalista (MPC en fase de dominación real) = cooperación a gran escala (gran industria) + aplicación de la ciencia y la maquinaria a la producción inmediata (formación de un proceso de trabajo basado en una tecnología específicamente capitalista). »

«Es como un sistema articulado de máquinas de trabajo que solo reciben su movimiento de un autómatas central a través de la maquinaria de transmisión que la explotación mecanizada tiene su configuración más desarrollada». (K. Marx: «El capital», Libro I, E. S., pág. 428).

La fase de dominación real corresponde, por tanto, a la plena realización del MPC como modo de producción específicamente capitalista, como modo de producción «sui generis». Se caracteriza por el predominio de la extorsión de plusvalía relativa, es decir, el desarrollo del trabajo excedente (trabajo no remunerado) en relación con el trabajo necesario (trabajo remunerado = suma de los salarios distribuidos), que a su vez disminuye, no por el alargamiento de la jornada laboral (aunque, evidentemente, esto todavía puede ocurrir), sino esencialmente por la disminución del valor de la fuerza de trabajo, disminución que a su vez se debe al aumento de la productividad (y la intensidad) del trabajo que permite la transformación capitalista del proceso de trabajo. Así, la introducción de nuevas tecnologías, debida en particular a la competencia y a la búsqueda de beneficios extraordinarios, aumenta la productividad del trabajo (relación entre el tiempo y la masa de mercancías producidas) y reduce el valor unitario de las mercancías, incluidas las que intervienen directa e

indirectamente en la reproducción de la fuerza de trabajo, cuyo valor también disminuye, aunque los salarios reales se mantengan constantes.

«En el caso del plusvalor absoluto, se produce una disminución relativa del valor del salario en comparación con el crecimiento absoluto del plusvalor; en el caso del plusvalor relativo, se produce una disminución absoluta del valor del salario». (K. Marx: «Manuscritos de 1861-63», Ed. Sociales, pág. 366).

La disminución absoluta del valor de la mercancía fuerza de trabajo, cuya consecuencia es el aumento de la productividad/intensidad del trabajo (aumento de la tasa de plusvalía, tasa de explotación), es el motor fundamental de la extorsión de la plusvalía relativa.

«La productividad del trabajo significa el máximo de productos con el mínimo de trabajo, es decir, mercancías lo más baratas posible. En el modo de producción capitalista, esto se convierte en una ley, independientemente de la voluntad del capitalista». (K. Marx: «Un capítulo inédito», ya citado, pág. 222).

Aquí ya tenemos una definición clara de lo que más tarde se denominará producción en masa, desarrollada y teorizada en particular por Ford, y cuya condición es la O. S. T. Como señala G. Bensussan: *«Si en la subsunción formal, la subordinación del trabajo al capital solo viene determinada por la falta de propiedad de los medios de producción, en la subsunción real está sobre-determinada por la forma que adoptan las fuerzas productivas, que rompe radicalmente con la del oficio.*

Así, «la producción capitalista conquista todas las ramas de la industria en las que aún no domina y en las que solo reina una subsunción formal». (G. Labica y G. Bensussan: «Dictionnaire critique du marxisme», PUF, ya citado, pág. 1103).

Desde el punto de vista de la ley interna del capital (la competencia por la máxima valorización entre capitales individuales, ramas y secciones territoriales del capital social mundial), la llegada de la fase de la gran industria hace posible no la aparición, sino el auge de la forma específicamente capitalista de extorsión de la plusvalía: la plusvalía relativa. Como hemos visto anteriormente, el aumento del valor añadido relativo no excluye por ello el valor añadido absoluto. Por el contrario, la introducción masiva de máquinas y ciencia en la producción también conlleva una tendencia a prolongar la jornada laboral. Esto se hace con el fin de apropiarse del mayor sobre-valor extraordinario posible durante el intervalo de tiempo, cada vez más corto, en el que el conjunto del sector en cuestión no dispone de máquinas y tecnología tan eficaces.

De ahí la tendencia del capital a combinar al mismo tiempo una prolongación máxima de la jornada laboral con una reducción al mínimo posible del tiempo de trabajo necesario y del número de trabajadores necesarios. Se trata, por tanto, de un doble movimiento de proletarianización y expulsión de trabajadores (constitución de un ejército de reserva de mano de obra) fuera del proceso de producción inmediato. Durante la sumisión formal, el obrero controla hasta cierto punto el ritmo de trabajo y los procesos de fabricación celosamente guardados de generación en generación, de padres a hijos. Para poder introducir máquinas, el capital debe apoderarse de estos «secretos de fabricación», ya que si no es capaz de conocer con precisión el desarrollo exacto del proceso de trabajo, tampoco podrá

introducir máquinas que no son más que la reproducción mecánica de dicho proceso. La O. S. T. encuentra así su base objetiva (apropiación/transformación capitalista del proceso de trabajo) y, al mismo tiempo, se convierte en el vector esencial del aumento de la productividad del trabajo (plusvalía relativa). Cuanto mayor es el número de máquinas introducidas, mayor es la dependencia del trabajador respecto a ellas. Después de apoderarse de los métodos de trabajo, la máquina impone su propio ritmo al obrero. Este se convierte en un simple ayudante de la máquina, en parte de ella, y queda completamente sometido a ella. Paralelamente, se produce una simplificación en la ejecución del proceso de trabajo que recae sobre el obrero, lo que permite la introducción de mujeres y niños en gran cantidad en la producción.

De ahí la considerable devaluación de la fuerza de trabajo. Si al principio solo trabajaba el hombre, su salario debía bastar para mantener a su familia. Ahora, la misma familia, para vivir, necesita los salarios de todos los miembros que trabajan, y no vive mejor que antes, ya que, debido a ello, el salario del hombre se ha reducido considerablemente. Por lo tanto, es con la sumisión real que la tendencia inherente a las relaciones capitalistas (producir la mayor plusvalía posible) se realiza adecuadamente gracias al desarrollo de la «técnica» y de la forma social del trabajo.

El modo de producción capitalista solo puede desarrollarse realmente pasando por una «fase de transición», que es la fase de sumisión formal del trabajo al capital. Esta última prepara las condiciones de producción, las relaciones de producción necesarias para la producción no solo de plusvalía, sino también de capital. Solo bajo el dominio del capital el proceso de producción se convierte en unidad del proceso de trabajo y del proceso de valorización. Es más, el proceso de trabajo no es más que el medio del proceso de valorización.

Como señala E. Balibar: *«El paso de la manufactura a la gran industria inaugura lo que Marx denomina «el modo de producción específico» del capitalismo, o también la «subsunción real» del trabajo bajo el capital. En otras palabras, la gran industria constituye la forma de nuestra relación que pertenece orgánicamente al modo de producción capitalista».* (L. Althusser-E. Balibar: *«Lire le capital II»*; ya citado, pág. 127).

«En la «subsunción real» de la gran industria, la pertenencia del trabajador al capital está doblemente determinada: por un lado, no posee los medios materiales para trabajar por cuenta propia (la propiedad de los medios de producción); por otro lado, la forma de las «fuerzas productivas» le priva de la capacidad de poner en marcha por sí solo, al margen de un proceso de trabajo cooperativo organizado y controlado, los medios de producción sociales». (Ídem, pág. 218).

De forma complementaria al paso a la dominación real, se desarrolla el proceso de transformación del trabajo en sí mismo, el paso de lo que Marx denomina «trabajo complejo» al «trabajo simple». *«El trabajo complejo no es más que una potencia del trabajo simple, o más bien es solo el trabajo simple multiplicado, de modo que una cantidad dada de trabajo complejo corresponde a una cantidad mayor de trabajo simple. La experiencia demuestra que esta reducción se produce constantemente».* (K. Marx citado en G. Beckerman: *«Vocabulaire du marxisme»*, PUF-París 1981, pág. 149).

Este proceso se desarrolla, evidentemente, gracias a la introducción de la O.S.T., que «descalifica» el trabajo del obrero o, más exactamente, que acentúa cada vez más la separación entre el obrero y el producto de su trabajo.

Aquí tocamos una polémica muy actual en la sociología del trabajo y, sin entrar en ella en profundidad, señalaremos con M. Alaluf: *«La función de control-vigilancia, si refleja una transformación del trabajo, no postula ni una recomposición del trabajo ni una descomposición del trabajo, sino una separación cada vez mayor entre el trabajador y el producto de su trabajo»*. (M. Alaluf: *«¿El trabajo califica al obrero?»*, en *Critique régionale «El trabajo en sociología»*, n.º 14, Instituto de Sociología de la ULB, marzo de 1986).

Así, si el tipo de «obrero artesano» (o obrero profesional) en oposición esquemática al obrero de la fase de sumisión formal tenía efectivamente cierta cualificación en el sentido de un conocimiento cierto de un proceso de trabajo esencialmente pre-capitalista (artesanal), con la introducción de la mecanización, la ciencia y la gran industria, el proceso de trabajo se transforma, se trastoca, se «revoluciona». Pero esta transformación es más bien una alienación (extrañamiento) cada vez mayor del hombre con respecto a su herramienta, sus medios de producción (esquemáticamente, de herramienta que prolonga el trabajo del hombre a hombre que se convierte en siervo de la máquina) que una pérdida de una cualificación mítica que sería propia del trabajo pasado (de hecho, del trabajo artesanal).

Por lo tanto, hay que prestar especial atención al concepto de «cualificación» que, en un sentido vulgar, vería a un obrero cada vez con menos cualificación y conocimientos, mientras que, de hecho, el obrero de línea (el O. S. de la cadena taylorista clásica) también posee cierta cualificación (que, por lo tanto, no tiene sustancia en sí misma), conocimientos y una formación específica que le permiten integrarse adecuadamente en el sistema de máquinas. Así pues, si bien es cierto que se está produciendo una transformación fundamental en el proceso de trabajo y, por tanto, en el trabajo en sí mismo, hay que considerarla sobre todo como el desarrollo de la exteriorización («Ausserliehkeit») y la alienación («Entfremdung») del proletario frente a su producto.

«La actividad de los hombres está cada vez más dividida, lo que va de la mano con la división del trabajo y aumenta con ella. Los hombres se convierten en trabajadores (y no trabajadores) separados por sus trabajos, etc.» (J. Camatte: *«Capital et Gemeinwesen»*, op. cit., pág. 179).

«En el período de dominación formal, el capital ya no consigue someter y, por lo tanto, incorporar la fuerza de trabajo, que se le resiste y se rebela hasta el punto de poner en peligro el desarrollo de su propio proceso, ya que depende totalmente de ella. Pero la introducción de las máquinas lo cambia todo. El capital se apodera entonces de toda la actividad que el proletario despliega en la fábrica. Con el desarrollo de la cibernética, se observa que el capital se apropia e incorpora el cerebro humano; con la informática, crea su propio lenguaje, al que debe amoldarse el de los hombres, etc.» (J. Camatte, citado, pág. 113).

Se podrían señalar otros elementos (5) como consecuencia del paso a la dominación real del proceso de trabajo, tales como:

* El desarrollo del papel del Estado como representante impersonal y colectivo del capital en calidad de agente económico (materializado, entre otras cosas, en los planes de tipo keynesiano: el New Deal en Estados Unidos, el plan De Man en Bélgica, etc.).

* El cambio en la composición de la clase obrera con la aparición de la figura del obrero de línea

(6), así como el desarrollo complementario de una capa de «obreros superiores» (que se identifican como productores aislados de los propios intereses de la empresa) que el ambiguo concepto de «aristocracia obrera» ha intentado teorizar.

* La integración de las grandes centrales sindicales en el aparato del Estado a través de una multitud de estructuras de negociación y concertación social, base de la generalización de la democracia social y de la gestión paritaria del precio de la fuerza de trabajo; los sindicatos representan cada vez más el «mercado laboral» frente a la disponibilidad de empleo, convirtiéndose así en sindicatos de asalariados y no, como en la dominación formal, en sindicatos estrictamente obreros (véanse los cambios en la composición social de los sindicatos en el siglo XX).

* Aparición de nuevas capas sociales intermedias y esencialmente improductivas; las nuevas clases medias vinculadas al desarrollo del trabajo improductivo (en el sentido de la producción directa de plusvalía) y generalmente identificadas con el desarrollo del «sector terciario»...

Después de haber intentado «redefinir» algunos conceptos de la teoría marxista de las «dos fases históricas de la producción capitalista», vamos a intentar ver su eficacia explicativa a través de la experiencia del movimiento obrero estadounidense. Pero antes de eso, vamos a esbozar en unas pocas líneas el marco del desarrollo económico y social de los Estados Unidos en el siglo XIX y, así, situar la aparición de la O. S. T. como vector fundamental del paso a la dominación real.

Notas del capítulo II

(1) Preferiremos utilizar el término «plusvalía» en lugar de la antigua expresión «valor añadido», de conformidad con las notas introductorias de la nueva traducción del libro primero realizada por Jean-Pierre Lefebvre para Ediciones Sociales/Messidor, 1983.

(2) No desarrollaremos aquí todas las aportaciones del capítulo inédito de El capital, remitiéndonos para ello al estudio detallado realizado por J. Camatte en Capital et Gemeinwesen, Ed. Spartacus, serie B, n.º 98, 1976, que a su vez recoge los trabajos de la revista «Invariance» (y en particular el texto «Le Vème Chapitre Inédito du capital et l'œuvre économique de Marx» en Invariance n.º 2, 1964-66).

(3) Dejamos voluntariamente de lado la problemática del dominio del capital sobre otros modos de producción, como el denominado asiático o tributario, que es objeto de múltiples debates que no entran directamente en el marco de esta tesis.

(4) Más adelante volveremos sobre un intento de definición del sistema Taylor como vector esencial del paso a la subsunción real (véase la página 61).

(5) Nos limitaremos aquí a señalar estos elementos, sabiendo que cada uno de ellos podría ser objeto de análisis y desarrollos más amplios que no entran directamente en el objeto de nuestro trabajo o que, más exactamente, serían desarrollos posteriores.

(6) También denominado, en la tradición del «obrerismo italiano», «obrero-masa» (véase M. Tronti, Ouvrier et capital, Éd. Christian Bourgois, París, 1977).

III. ALGUNAS PALABRAS SOBRE EL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS EE. UU. (FINALES DEL SIGLO XIX) Y SOBRE LA DEFINICIÓN DE LA O.S.T.

A. El desarrollo del M.P.C. en los EE. UU.

* La especificidad del desarrollo del capitalismo en las colonias británicas reside, por un lado, en el hecho de que se trata de una colonia de la principal potencia económica de los siglos XVIII y XIX (Inglaterra) y, por otro, en que se desarrolló esencialmente gracias a la inmigración (de personas y capitales) hasta alcanzar la autonomía (guerra de independencia). Por lo tanto, no se trata de un desarrollo dentro y contra un modo de producción preexistente (como en el caso de Europa dentro y

contra el feudalismo), sino, por el contrario, de la exportación del MPC más «moderno», que barrerá los restos de los modos de producción «naturales» existentes entre las poblaciones autóctonas (en este sentido se trata de un desarrollo «colonialista»). La lectura del desarrollo económico y social de los Estados Unidos se hace así particularmente clara a través de las sucesivas oleadas de inmigración, que materializan de manera casi fotográfica el desarrollo y las necesidades del capital. Así, cuando Marx aborda la «teoría moderna de la colonización» (capítulo XXXIII del Libro I de «El capital»), es evidente que desarrolla su tema a través de la emigración hacia los Estados Unidos.

«Por un lado, la corriente humana que se precipita cada año, inmensa y continua, hacia América, deja depósitos estancados en el este de los Estados Unidos, ya que la ola de emigración procedente de Europa arroja al mercado laboral más hombres de los que la segunda ola de emigración puede llevar al «Lejano Oeste». Por otro lado, la guerra civil estadounidense ha traído consigo una enorme deuda nacional, la exacción fiscal, el nacimiento de la más vil aristocracia financiera, la subordinación de gran parte de las tierras públicas a sociedades de especuladores, la explotación de los ferrocarriles, las minas, etc., en una palabra, la centralización más rápida del capital. La gran República dejó así de ser la tierra prometida de los trabajadores emigrantes. La producción capitalista avanza a pasos agigantados, sobre todo en los Estados del Este, aunque la reducción de los salarios y la servidumbre de los obreros aún están lejos de alcanzar el nivel normal europeo». (K. Marx: «El capital», d.c., págs. 565-566).

Las dos fases históricas de dominación del MPC se correspondieron así con oleadas de inmigración de carácter diferente que expresaban, para nosotros, las características mismas que diferenciaban estas fases. En primer lugar, en el siglo XVIII y principios del XIX, durante la fase de sumisión formal, se produjo una inmigración «blanca» de trabajadores profesionales (trabajadores «artesanos») que sobraban en sus países de origen, en particular en Inglaterra.

«El objetivo de esta empresa será encontrar diversos empleos para un gran número de desempleados». (R. Hakluyt: «Discurso sobre la colonización occidental», citado en H. Pelling: «El movimiento obrero en Estados Unidos», ed. Seghers, París, 1965).

Una parte importante de esta oleada estaba formada por campesinos pobres de Escocia, Irlanda, Alemania, Suiza... pero sobre todo: *«Algunos eran hábiles artesanos, como los que se establecieron en Germantown, Pensilvania; pero su progreso social se vio obstaculizado por barreras lingüísticas y, en ocasiones, religiosas». (H. Pelling, op. cit., pág. 20) Y- H.*

Nouailhat señala de la misma manera: *«La inmigración europea no es solo rural. Hasta alrededor de 1870, hubo una fuerte corriente procedente de los centros industriales británicos, especialmente durante los períodos de crisis cíclicas. Se trataba generalmente de artesanos u obreros cualificados» (Y-H. Nouailhat: «Évolution économique des États-Unis du milieu du XIX è siècle à 1917», Société d'édition d'Enseignement Supérieur, Paris, 1982, p. 37).*

El atributo de este tipo de asentamiento obrero era la esclavitud de los negros «importados» directa o indirectamente de África para trabajar principalmente en las plantaciones de tabaco de Virginia y Carolina del Norte, y en las plantaciones de arroz e índigo de Carolina del Sur y Georgia. Hacia mediados del siglo XVIII, por ejemplo: *«Algunos eran hábiles artesanos, como los que se*

establecieron en Germantown, Pensilvania; pero su progreso social se vio obstaculizado por barreras lingüísticas y, en ocasiones, religiosas». (H. Pelling, op. cit., pág. 20)

Y- H. Nouailhat señala de la misma manera: «La inmigración europea no es solo rural. Hasta alrededor de 1870, hubo una fuerte corriente procedente de los centros industriales británicos, especialmente durante los períodos de crisis cíclicas. Se trataba generalmente de artesanos u obreros cualificados» (Y-H. Nouailhat: «Évolution économique des États-Unis du milieu du XIX è siècle à 1917», Société d'édition d'Enseignement Supérieur, París, 1982, p. 37).

Hacia mediados del siglo XVIII, también por ejemplo: «Boston era un floreciente centro industrial donde artesanos de todo tipo, incluidos orfebres y carroceros, encontraban un mercado para vender sus productos y donde el establecimiento de ciertas industrias, como la construcción naval y la cristalería, requería una organización perfecta» (H. Pelling. d.c., pág. 24).

Como señala Tench Coxe en su libro «View of the U.S.» (1794) (también citado por H. Pelling): «Muchos de los fabricantes más prósperos de los Estados Unidos eran simples compañeros, a veces capataces, en talleres y fábricas de Europa. Habiendo demostrado ser hábiles, sobrios y frugales, se establecieron por cuenta propia en los Estados Unidos y obtuvieron grandes beneficios».

Se trata, por tanto, de una inmigración «blanca» y procedente del norte de Europa (de ahí el famoso calificativo «WASP», White Anglo-Saxon protestante), con un alto nivel de «cualificación», pero que se remonta esencialmente a los antiguos oficios, a la artesanía, aunque en general sean portadores de las relaciones sociales capitalistas (el trabajo asalariado). Se trata del proceso de incorporación por parte del capital de procesos de trabajo anteriores incluso al adecuado a su propio ser (que es específicamente el proceso de trabajo industrial).

El MPC, en su fase de dominación formal, se basa así todavía en un proceso de trabajo pre-capitalista, aunque lo domina desde su punto de vista, ya que hay producción de plusvalía (y, por tanto, existencia de trabajo asalariado. Esta primera ola de inmigración, que tuvo lugar en el siglo XVIII y principios del XIX, constituirá el primer núcleo fundamental de la clase obrera estadounidense, cuyas primeras asociaciones económicas y de resistencia expresarán, como es lógico, sus características, es decir, una agrupación basada en el oficio, más cercana a las corporaciones que al sindicalismo (desarrollaremos esta cuestión más adelante).

Esta primera oleada se diferenciará claramente de la segunda (segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX) tanto por su origen geográfico como por sus capacidades profesionales o, mejor dicho, por su falta de cualificación, es decir, por no poseer un oficio propio y, por lo tanto, por su disponibilidad, su «libertad» en un mercado laboral en plena transformación. El origen social de esta segunda oleada es esencialmente rural, ya que provienen directamente del campo y de los pueblos tradicionales del sur o el este de Europa. Estos migrantes, casi sin transición (y tras un viaje particularmente agotador, cegados por todas las ilusiones sobre la «tierra prometida»), se encuentran en su mayoría en el mercado laboral, hacinados en guetos nacionales y sometidos a todas las brutales desilusiones ante la realidad capitalista del «sueño americano».

«En las dos últimas décadas del siglo XIX, las transformaciones económicas que habían impulsado la emigración de los habitantes del norte y el oeste de Europa llegan al sur y el este de Europa. En

Austria-Hungría, Italia, Grecia y Rusia, el aumento de la población y la desintegración de la antigua economía rural provocan desplazamientos masivos de población (...). En 1896, la «nueva» inmigración era mayoritaria y, en 1914, representaba más del 80 % de los recién llegados. En general, estos «nuevos» inmigrantes eran más pobres que los antiguos, con un nivel educativo similar, más a menudo de paso, menos educados políticamente y con una mayor proporción de hombres solteros (...). En general, los «nuevos» inmigrantes prefieren las ciudades, atraídos por las oportunidades de empleo. Esta preferencia por la vida urbana da a las ciudades estadounidenses un aspecto muy particular a finales del siglo XIX y principios del XX. »

Hacia 1910, un tercio de la población de las doce ciudades más grandes del país estaba formada por personas nacidas en el extranjero y otro tercio estaba compuesto por hijos de inmigrantes. Nueva York tenía más italianos que Nápoles, más alemanes que Hamburgo y el doble de irlandeses que Dublín. Chicago se jacta de tener más polacos que Varsovia, más checos que Praga y mayores concentraciones de suecos, noruegos, serbocroatas y lituanos que cualquier otra ciudad estadounidense.

«Obligados por su pobreza a vivir en los locales más baratos que pueden encontrar, estos recién llegados suelen vivir en los peores barrios marginales. En todas las grandes ciudades estadounidenses existen guetos superpoblados de inmigrantes». (Y-H. Nouailhat, d.c. págs. 37, 38-42).

Coriat refuerza nuestro punto de vista al diferenciar las dos oleadas de inmigración del siglo XIX «poniendo de manifiesto diferencias sociales notables en las características de la mano de obra, cuya inteligencia es decisiva». Porque las dos «oleadas» de migrantes se diferencian tanto en lo que respecta al país de origen, las raíces de las que proceden, como a las condiciones de acogida que se les ofrecen en los Estados Unidos». (B. Coriat : «L'atelier et le chronomètre», d. c. págs. 47-48).

B. Coriat distingue así una oleada entre 1815 y 1860 en la que «en su abrumadora mayoría (se trata) de migrantes procedentes de Europa occidental y septentrional» (pág. 48) y una segunda ola: «De 1880 a 1915: se censan nada menos que quince millones de nuevos inmigrantes en Estados Unidos. En su inmensa mayoría, procedían de Europa del Este (polacos, húngaros, moldavos, checos, rumanos, lituanos, alemanes...) y del Sur (italianos, griegos, armenios) (ídem, pág. 51).»

Estas dos «oleadas» de inmigración supusieron un cambio radical en las condiciones de explotación de la clase obrera y en el propio desarrollo del capital (introducción de nuevas máquinas, transición progresiva hacia una sumisión real). Según Clarence D. Lang (Wages and Earning in the United States, 1860-1890), el número medio de horas de trabajo diarias de un obrero industrial era en 1860 de 10,9 horas; en 1890, esta cifra descendió a 10,1 horas, lo que supone una disminución del 7 %, teniendo en cuenta que la mayoría de los obreros trabajaban 6 días a la semana. Esta disminución se debe, evidentemente, al aumento de la productividad del trabajo, que fue posible gracias a la revolución técnica de los factores objetivos de la producción, así como a un período en el que se desarrollaron luchas obreras radicales y espontáneas contra las nuevas condiciones de trabajo (véase más adelante).

«Por el contrario, en las fábricas textiles del sur, en 1890 se solía trabajar entre 12 y 14 horas al día; (. . .). En las acerías, hasta principios del siglo XX, los trabajadores solían trabajar siete días a la semana para mantener el mismo poder adquisitivo, ya que los salarios habían disminuido en este sector en 1880 y 1897. Entre 1890 y 1920, las mejoras fueron notables: en 1910, la semana laboral era en general de 55 horas, y en 1920, de 50 horas. Según Albert Rees, la jornada laboral media en

las fábricas pasó de 10 horas en 1890 a 9,28 horas en 1914, cinco días a la semana, mientras que los sábados por la mañana se trabajaba entre 4 y 5 horas. Una vez más, los trabajadores cualificados disfrutaban de mejores condiciones, con 44 horas semanales en 1920. Sin embargo, en la industria metalúrgica se mantuvieron las jornadas de 12 horas diarias. » (Y-H. Nouailhat, d. c, pq. 342-343).

En general, se observa que durante el periodo comprendido entre 1870 y 1900, que hemos calificado de «bisagra», se produjo un claro aumento de los salarios medios.

«A pesar de la inmigración masiva, los trabajadores estadounidenses lograron mejorar notablemente sus salarios. Según Stanley Lebergott, los salarios anuales de los trabajadores habrían representado en promedio (en dólares constantes con el poder adquisitivo de 1914):

347 dólares para el período 1865-1869

606 dólares para el período 1875-1879

503 dólares para el período 1885-1889

Según Albert Rees, los salarios reales de los trabajadores aumentaron un 37 %, es decir, a un ritmo anual del 1,3 %, entre 1890 y 1914. Para Lebergott, el salario medio anual en dólares de 1914 es de:

532 dólares para el periodo 1895-1899

606 dólares para el periodo 1901-1905

685 dólares para el periodo 1911-1915

Hay que añadir que muchos trabajadores, en particular los mineros, no cobraban todo su salario en efectivo: recibían vales para utilizar en las tiendas de la empresa o bien recibían una parte de su salario en especie» (Y-H. Nouailhat, d. c., págs. 341-342).

El aumento del precio de la mano de obra y la reducción de la jornada laboral en este momento histórico crucial (período de transición) indican el extraordinario auge de la productividad (de la explotación intensiva de los productores de plusvalía). El número total de trabajadores de fábricas aumenta considerablemente, pasando de 2,3 millones en 1865 a 8,3 millones en 1910; la producción de acero por trabajador se triplica entre 1870 y 1900 (citado por Nouailhat, d.c., pág. 327). La formación de la gran industria es sinónimo de concentración/centralización del capital, por el movimiento de la competencia y la búsqueda de beneficios extraordinarios, motores y expresiones de los aumentos periódicos de la composición del capital; *«La fusión de American Can en 1901, por ejemplo, afectó a 120 empresas y dio lugar a un dominio del 90 % del mercado. John Moody estima que 78 de las 92 grandes empresas estudiadas por él controlan el 50 % o más del mercado, 57 controlan el 60 % o más y 26, el 80 % o más.*

La mayor parte de estas fusiones se realizaron en sentido horizontal, es decir, entre empresas competidoras» (Y-H. Nouailhat, d.c., págs. 311-312).

Otros elementos podrían expresar de la misma manera los trastornos en la esfera productiva, determinando transformaciones sociales fundamentales y, dialécticamente, cómo estas transformaciones sociales refuerzan aún más los trastornos económicos. Así, el crecimiento de la población urbana es un indicador tanto del crecimiento/concentración del capital (que requiere una masa creciente de trabajadores concentrados en las ciudades) como de las transformaciones sociales que implica necesariamente un crecimiento importante de la población urbana. Ahora bien, se observa

que entre 1860 y 1920 «el aumento de la población urbana pasa de una quinta parte a la mitad de la población total en 60 años». (Y - H. Nouailhat, d.c., pg. 348). Del mismo modo, el cuadro siguiente nos muestra de forma impresionante el aumento de capital entre 1880 y 1912 y nos explica el extraordinario crecimiento del capital y su composición orgánica (C/V), Fuente: Simon Kuznets, *Capital in the American Economy: Its Formation and Financing*, pp. 610-611. (Cf. Nouailhat. d. c., pág. 254).

El siguiente cuadro ilustra el proceso de fusión de capitales entre 1895 y 1914, Fuente: Ralph Nelson, *Mer Movements in American Industry, 1895-19* p.31. (Cf. Nouailhat. d.c., pg. 308).

Año	Número de empresas que desaparecen por fusión	Capital correspondiente a fusiones (millones de dólares)
1895	43	40,8
1896	26	24,7
1897	69 303	1 19,7650,6
1899	1 208	2 262,7
1900	340	442,4
1901	423	2052,9
1902	379	910,8
1903	142	297,6
1904	79	1 10,5
1905	226	243,0
1906	128	377,8
1907	87	184,8
1908	50	187,6
1909	49	89,1
1910	149	257,0
1911	103	210,5
1912	82	322,4
1913	85	175,6
1914	39	159,6

Por último, para ofrecer una visión general del desarrollo industrial en los Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, reproducimos el gráfico del crecimiento de la producción industrial de 1860 a 1915 que, además de este espectacular crecimiento, también muestra, dentro del propio crecimiento, los retrocesos que expresan las crisis dentro de los ciclos de «crecimiento» (véanse, por ejemplo, la crisis de 1893 y la de 1907).

«En la década de 1880-1890, el valor añadido se duplicó con creces y la productividad laboral aumentó casi un 60 %. Además de los avances tecnológicos que se tradujeron en inversiones de capital y mejoras en los métodos de organización de la producción, gran parte del crecimiento de la productividad laboral puede explicarse por el aumento de las cantidades de capital por trabajador. El capital por trabajador, en precios constantes, aumentó de 700 dólares en 1869 a unos 2000 dólares en 1899. (Según Paul J. Uselding, «Factor Substitution and Labor Productivity Growth in American Manufacturing 1839 - 1899», en «Journal of Economic History», sept. 1972, citado por Nouailhat, op. cit., pág. 225).

Distribución por sectores del aumento del stock de capital entre 1880 y 1912 (en miles de millones de dólares al poder adquisitivo de 1929):

Sector	1880-1890	1890-1900	1900-1912
1. Agricultura	0,7	1,5	4,7
2. Minería	0,5	0,7	1,9
3. Industrias	2,6	3,2	8,1
4. Transportes	4,7	4,5	12,0
Servicios públicos	(4,1)	(3,1)	(6,9)
incluidas las vías férreas	(0,1)	(0,5)	(2,3)
Producción			
Total de bienes	8,5	9,9	26,7
de producción	14,0	15,5	22,2
Construcciones (privadas gubernamentales)	22,5	25,3	48,9

Esta información, ilustra perfectamente lo que queremos decir. (Y - H. Nouailhat, d.c. pg.348).
Crecimiento de la población urbana 1860-1920:

Año	Población urbana (millones)	Porcentaje urbano / total	Aumento decenal de la población urbana	Aumento % urbano/población total
1860	6.2	20%		
1870	9.9	25	60%	25%
1880	14,1	28	42	12
1890	22,1	35	57	25
1900	30,2	50	37	14
1910	42,0	46	40	15
1920	54,2	51	30	11

Cabe destacar que durante este periodo crucial, diversas crisis sacudieron el crecimiento industrial de los Estados Unidos, principalmente las de 1893 y 1907.

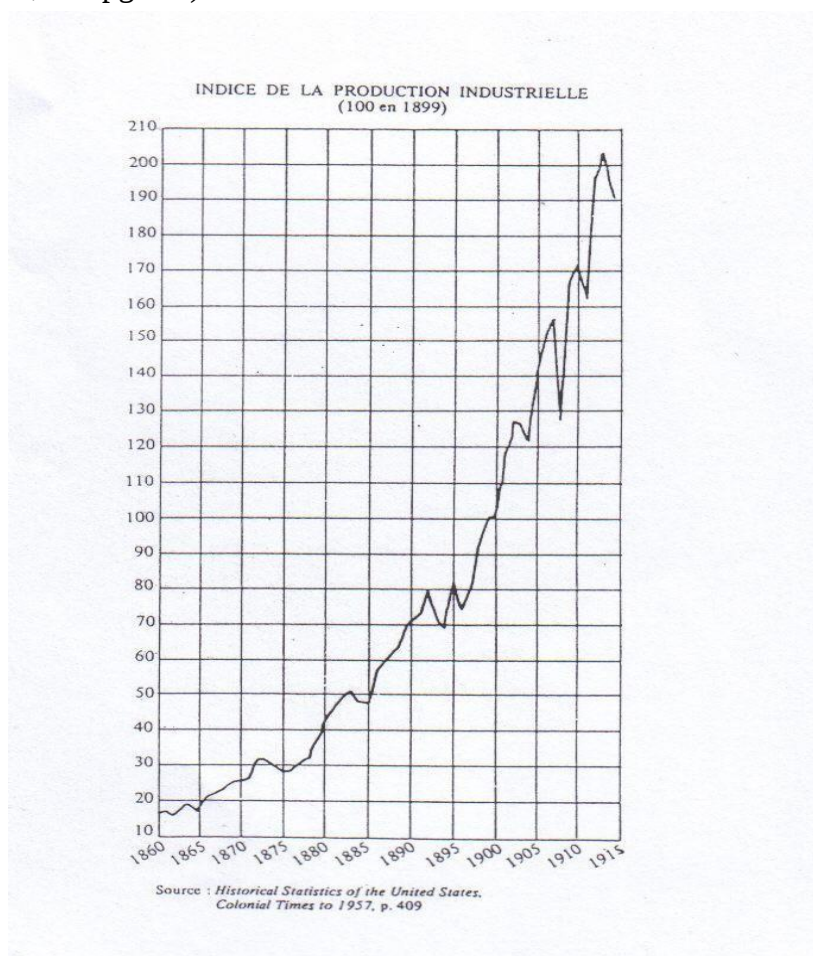
«Solo en el año 1893, quinientos bancos y dieciséis mil empresas industriales quebraron y cerraron sus puertas. A principios de 1894, uno de cada cuatro trabajadores estadounidenses había perdido su empleo: en total, cerca de tres millones de desempleados» (Francis Lacassin: Prefacio a Jack London: «Les vagabonds du rail», U.G.E. 10/18, n. ° 779, París, 1971, pág. 11).

«Sin embargo, la crisis acabó instalándose en Estados Unidos con numerosas quiebras de compañías ferroviarias y una debacle bursátil en Nueva York en 1893. La industria metalúrgica se ve gravemente afectada, el desempleo y la miseria obrera no dejan de crecer. La evolución del ciclo estadounidense, que alcanzó su punto álgido en 1892, es bastante característica: la expansión fue larga -de 1885 a

1892-, pero el aumento de la producción fue relativamente menor que en las dos fases de expansión anteriores (...). Por último, cabe señalar que la expansión se vio interrumpida por dos recesiones menores en 1887 y 1890, mientras que la depresión se vio interrumpida por una breve y muy marcada recuperación en 1895. El ciclo duró 11 años. (M. Niveau : «Histoire des faits économiques contemporains», P.U.F., París, 1966, págs. 181-182).

Por último, cabe señalar que los ciclos siguientes serán los de 1897-1908 y 1908-1921, marcados respectivamente por la crisis de 1907 y la de 1913, preludio de la Primera Guerra Mundial. Dos fechas, 1907 y 1913, también muy importantes, como veremos en el desarrollo del movimiento obrero y en el surgimiento de la I. W. W.

(Y - H. Nouailhat, d.c. pg.221) :



B. Algunas palabras sobre la O.S. T

* Todos estos diferentes elementos nos obligan a precisar de qué tipo de cambios técnicos se trataba en el proceso de trabajo y, por lo tanto, a definir en pocas palabras el sistema Taylor o mejor dicho, «la organización científica del trabajo» (O.S.T.), como causa y vector principal de este fantástico crecimiento de la productividad laboral que confirma y refuerza la apreciación de Marx sobre los pasos de gigante de la producción capitalista en los Estados Unidos.

Henri de Man, entonces secretario general de la Central de Educación Obrera de Bélgica (1918),

definía, tras un viaje de estudios a los Estados Unidos EE. UU., el taylorismo como *«método de organización de la mano de obra: la fijación denominada científica de las tareas mediante el estudio de los tiempos elementales y la introducción de métodos salariales que implican primas para recompensar la realización de una tarea fijada en un tiempo mínimo»*. (Henri de Man : *«Au pays du taylorisme»*, editado por *«Le Peuple»*, Bruselas, 1919, pág. 31).

O, para emplear las mismas palabras de F.W. Taylor: *«El estudio de los tiempos y los movimientos es el método científico exacto que determina la gran mayoría de las leyes que rigen los movimientos humanos más adecuados, más fáciles y más productivos»* (citado por H. de Man, ídem, pág. 31).

Pero, fundamentalmente y de una manera mucho más «trivial», se trata en primer lugar, y gracias al O. S. T., de luchar contra la «holgazanería» y la pereza de los obreros, cuya producción es sistemáticamente inferior a la que sería objetivamente posible. Y para ello, Taylor sitúa el núcleo del problema: la destreza profesional, el conocimiento que tienen los obreros de su oficio, que les permite ostentar una especie de monopolio del conocimiento «exacto» del tiempo de producción. R. Linhart define así esta problemática: *«La función esencial del sistema Taylor es proporcionar a la dirección capitalista del proceso de trabajo los medios para apropiarse de todos los conocimientos prácticos que hasta entonces estaban monopolizados de facto por los obreros»*. (R. Linhart : *«Lénine, Les paysans, Taylor»*, éd. du Seuil, París 1976, pág. 79).

Se trata, pues, como hemos visto en el capítulo sobre «el auge» de la extorsión del plusvalía relativa, de la revolución capitalista del proceso de trabajo, gracias a la ciencia y la tecnología, con el fin de destruir el antiguo vínculo entre el obrero artesano y su oficio -fase de dominación formal-, para conquistar el proceso de trabajo y generalizar la división taylorista entre tareas de ejecución (el obrero de línea) y tareas de concepción (ingenieros, directivos, etc.).

«Esta obligación de recopilar esta gran cantidad de conocimientos tradicionales, registrarlos, clasificarlos y, en muchos casos, reducirlos finalmente a leyes y normas, expresadas incluso mediante fórmulas matemáticas, es asumida voluntariamente por los directores científicos» (F. W. Taylor: *«La dirección científica de las empresas»*, Verviers, 1967, pág. 80).

Una de las claves de la O. S. T. reside así, gracias a la destrucción del antiguo oficio, en una división entre las tareas de concepción y las de ejecución. Esta separación provoca en el obrero que repite miles de veces al día la misma operación un desinterés cada vez mayor, una falta de iniciativa y un cansancio físico y psíquico que se asemeja a una auténtica tortura. Esto es, por cierto, lo que ya criticaba Marx cuando explicaba la producción de plusvalía relativa.

«La propia facilidad del trabajo se convierte en una tortura, en el sentido de que la máquina no libera al obrero del trabajo, sino que despoja al trabajo de su interés. La gran industria completa la separación entre el trabajo manual y las facultades intelectuales de la producción, que transforma en un poder del capital sobre el trabajo». (K. Marx: *«El capital»*, libro I, sección IV: *«La producción de plusvalía relativa»*, pág. 300).

Esta separación entre concepción y ejecución que caracteriza a la O.S.T. no se aplica únicamente al ámbito del trabajo manual, sino que también afecta al trabajo intelectual, donde, cada vez más -

especialmente con la «taylorización»-, se desarrollan tareas exclusivamente de ejecución, frente a las de concepción.

Marx describió esta realidad cuando escribió: *«Lo que pierden los trabajadores parcelarios se concentra frente a ellos en el capital. La división manufacturera les enfrenta a las fuerzas intelectuales de la producción como propiedad ajena y como poder que los domina. Esta escisión (...) culmina (...) en la gran industria, que convierte la ciencia en una fuerza productiva independiente del trabajo y la pone al servicio del capital»* (K. Marx, Libro I, coll. de La Pléiade, pág. 903).

Caricaturizando, podríamos decir que la ciencia «al servicio del capital» ha sustituido en la fase de dominación real lo que era el oficio en manos de los obreros en la fase de dominación formal.

Marx había contemplado esta problemática cuando escribió: *«La acumulación de ciencia, conocimientos técnicos y fuerzas productivas en general del cerebro social, frente al trabajo, es absorbida por el capital y se presenta así como propiedad del capital, y más concretamente del capital fijo, en la medida en que interviene en el proceso productivo como medio de producción... El pleno desarrollo del capital se realiza (...) solo cuando (...) el proceso de producción en su totalidad ya no se presenta como vinculado al saber hacer inmediato del obrero, sino como empleo tecnológico de la ciencia»*. (K. Marx: «Grundrisse», tomo II, ed. Anthropos, págs. 213-214).

B. Coriat también insiste en esta función destructiva del oficio que caracteriza al sistema Taylor: *«Lo que diferencia a Taylor de sus predecesores, lo que sin duda rompe con las prácticas anteriores, es haber convertido el oficio mismo en objetivo del ataque, en obstáculo que hay que superar»*.

No busca la forma de eludirla, como hace la máquina, de «estimularla», como se intenta conseguir mediante sistemas salariales cada vez más sofisticados, o de dirigirla contra sí misma, como hace el trabajo a destajo, sino la forma de destruirla como tal. Al hacerlo, Taylor lleva a cabo un cambio radical de enfoque cuyo resultado histórico será la concepción de un tipo de proceso de trabajo que permitirá el inicio de la producción en masa». (B. Coriat: «L'atelier et le chronomètre», d.c., pág. 45).

R. Linhart sintetiza así la O. S. T.: *«Este modo de organización del trabajo lleva a su paroxismo -hasta el punto de que casi aparece un «tipo ideal»- la esencia de la división capitalista del trabajo: separación del trabajo manual y el trabajo intelectual, de la concepción y la realización, del mando y la ejecución. En un análisis del modo de producción capitalista «puro», la «Organización Científica del Trabajo» de Taylor es la que mejor encarna el proceso de trabajo capitalista reducido a su esencia»*. (R. Linhart: «Lénine, Les Paysans, Taylor», op. cit., págs. 82-83).

Por nuestra parte, también consideramos que la O. S. T. representa mejor la transformación/integración del proceso de trabajo por parte del capital (lo que implica la destrucción de los antiguos oficios) y, por lo tanto, hace que la gran industria se corresponda con la totalidad del mercado de la fuerza de trabajo.

Es este carácter político de la O. S. T. lo que Rolle destaca en su libro Introducción a la sociología del trabajo: *«La técnica de Taylor supone, por tanto, la observación de los hombres en el trabajo, pero da por sentado que el individuo no está asignado de una vez por todas a su puesto: que, por lo tanto, no es dueño ni de su empleo ni de su forma de trabajar, sino solo de su capacidad de trabajar. Decir que tal método es el mejor para una tarea determinada (alusión al famoso «There is always one method an*

one implement which is quicker and better Than any of the rest»), es decir, que existe una fuerza, una habilidad o unos conocimientos particulares que es posible encontrar en una población que va más allá del personal de la empresa y abarca a todos los demandantes de empleo accesibles. » (Rolle: «Introducción a la sociología del trabajo», Larousse, París 1971, p. 49).

Esta cuestión es importante porque significa que, en el periodo crucial de finales del siglo XIX, existía una masa creciente de trabajadores (véase la «segunda» ola de inmigración) que se caracterizaba esencialmente por su disposición a realizar cualquier trabajo; por no poseer una profesión específica (a diferencia de la primera ola de inmigración, de origen mayoritariamente rural) y por su extraordinaria movilidad, esencialmente geográfica.

Así se explica la aparición de la legendaria figura de los «hoboes» (cuya traducción aproximada sería «vagabundos que viven en bandas») o, como los llama Jack London, «los vagabundos del ferrocarril». Cabe señalar que, tanto en Estados Unidos como en otros lugares, el ferrocarril fue un importante vector de movilidad de la mano de obra y un vector de la aparición/generalización de nuevos modelos de organización del trabajo. El avance del ferrocarril materializa el del M.P. específicamente capitalista, pero conlleva, tanto en sentido ascendente como descendente, el desarrollo tecnológico e industrial (siderurgia...) y el desplazamiento de importantes centros industriales (del este hacia el oeste).

Por último, es evidente que lo que hemos expuesto muy brevemente sobre el sistema Taylor será desarrollado, completado y profundizado... por los sucesores de Taylor, que se inscriben todos, en mayor o menor medida, en el O. S. T., aunque critiquen tal o cual postulado de Taylor. Así, Ford perfeccionará y dará al sistema Taylor una realidad práctica en la producción en masa.

«En Taylor, el obrero sometido al «Time and Motion Study» sigue siendo a menudo un «First class man» (obrero de primera categoría), debidamente seleccionado y «entrenado», consistiendo lo esencial en la separación del trabajo de concepción del de ejecución. De Ford se dirá que desarrolla a Taylor y se distingue de él al asegurar la «subdivisión» del trabajo de ejecución en sí, la «fragmentación». (B. Coriat : «L'atelier et le chronomètre», d.c., pág. 76).

El propio H. Ford explica este mecanismo: *«En la fundición, por ejemplo, antes todo el trabajo se hacía a mano y había obreros cualificados, pero tras la racionalización solo queda un 5 % de modeladores y fundidores realmente especializados. El 95 % restante está «especializado» en una sola operación que hasta el individuo más estúpido puede aprender a realizar en dos días. El montaje se realiza íntegramente a máquina...».* (H. Ford: «Ma vie, mon oeuvre», ed. Payot 1927, pág. 115, citado por Coriat).

Así, a esta fantástica revolución en el proceso de trabajo debe corresponder una «nueva clase obrera» sin vínculos profesionales y totalmente «libre» para adaptarse a la lógica del maquinismo y la producción en masa, cuyo corolario es el sistema de salario a destajo.

El propio H. Ford explica este mecanismo: *«A principios del siglo XX, se establece la «Organización Científica del Trabajo» (O.C.T.), también conocida como taylorismo. La invención y el uso de la electricidad aumentarán aún más el número y la complejidad de las máquinas, sustituyendo cada vez más a las herramientas individuales y permitiendo el fortalecimiento de este sistema de trabajo*

asalariado cada vez más fragmentado. El «valor» de un obrero ya no se basa en su habilidad y destreza, sino en la velocidad de ejecución de los movimientos que se le imponen, en su rendimiento. (...).».

Ford añade, hacia 1920, el principio de la «cadena», el desplazamiento continuo de los productos que se van a trabajar frente a los puestos de trabajo, y mata dos pájaros de un tiro: gana tiempo muerto al reducir los desplazamientos de los trabajadores y controla mejor el ritmo de trabajo al imponer una cadencia de desplazamiento. (Michel Kamps: *«Automatisation et lutte de classe» en «Ouvriers et Robots»*, ed. Spartacus n. ° 25 B, París, 1983, p. 39).

De todos estos elementos, que podríamos desarrollar y ejemplificar ampliamente, deducimos esencialmente, y en consonancia con los conceptos marxistas explicados en el capítulo II (véase la página 17), que se trata de un extraordinario desarrollo de la tasa de explotación (PL/CV) correspondiente al desarrollo tanto del plusvalía absoluta («ganancia del tiempo muerto y lucha contra la «holgazanería») como de la relativa (productividad del trabajo), cuya extorsión se vuelve cada vez más predominante debido al propio desarrollo de la fuerza productiva del capital (maquinaria, ciencia, comunicación...), que, al subsumir (y transformar) el proceso de trabajo (haciéndolo perfectamente adecuado a su ser de valor en proceso -sumisión del proceso de trabajo al de valorización-), refuerza la relación social del asalariado y desarrolla aún más el antagonismo entre obreros y capital.

B. Coriat presenta en forma de cuadro las diferentes modalidades de extorsión de plusvalía para poner de relieve las del aumento simultáneo de la intensidad y la productividad del trabajo, lo que conlleva un fuerte aumento del valor producido (aumento de la tasa de explotación) y de la cantidad de bienes producidos (producción en masa). (Véase, B. Coriat, obra citada, pág. 122).

«Todos los avances de la civilización o, en otras palabras, todo aumento de las fuerzas productivas sociales, si se quiere, de la fuerza productiva del trabajo mismo, no enriquecen al obrero, sino al capital, al igual que los resultados de la ciencia, los descubrimientos, la división y la combinación del trabajo, la mejora de los medios de comunicación, la creación del mercado mundial o el empleo de máquinas. Todo ello no hace más que aumentar la fuerza productiva del capital y, dado que el capital es lo contrario del obrero, estos avances no hacen más que aumentar su dominio material sobre el trabajo». (K. Marx: «Grundrisse», tomo I, ed. Anthropos, París 1968, págs. 255-256).

Por lo tanto, podemos definir con Michel Aglietta el taylorismo como: *«El conjunto de relaciones de producción internas al proceso de trabajo que tienden a acelerar el ritmo de los ciclos de movimientos en los puestos de trabajo y a reducir la porosidad de la jornada laboral. Estas relaciones se expresan mediante principios generales de organización del trabajo que reducen el grado de autonomía de los trabajadores y los someten a una vigilancia y un control permanentes del cumplimiento de la norma de rendimiento. El taylorismo entró en vigor en Estados Unidos en las industrias de transformación de metales a finales del siglo XIX. Es una respuesta capitalista a la lucha de clases en la producción cuando el proceso de trabajo se compone de varios segmentos, cada uno de los cuales responde al principio mecánico, pero cuya integración se basa siempre en relaciones directas entre diferentes categorías de trabajadores». (M. Aglietta : «Régulation et crises du capitalisme -L'expérience des États-Unis», Calmann-Lévy, Paris, 1976, pág. 94).*

Y aquí, el Sr. Aglietta aborda una cuestión que nos parece importante, a saber, la transformación

capitalista del proceso de trabajo, no solo como consecuencia «lógica» del desarrollo del MPC, sino también como reacción, como «respuesta capitalista» a la lucha de clases en el proceso de trabajo aún formalmente sometido al capital. Así, la lucha de clases y, por tanto, la clase obrera recuperan su función central, no solo como «agente económico» -objeto cosificado del MPC-, sino como sujeto activo, «clase por sí misma», expresión viva de las contradicciones internas de la producción capitalista; sepulturero del viejo mundo.

«Pero la burguesía no solo ha forjado las armas que la matarán, sino que también ha producido a los hombres que las manejarán: los obreros modernos, los proletarios» (K. Marx, F. Engels: «El manifiesto del Partido Comunista -1848-», ed. 10/18, París 1962, pág. 27).

El Sr. Aglietta aborda una cuestión que nos parece importante, a saber, la transformación. El factor «lucha de clases» es, por tanto, tanto una «causa» adicional de la transformación capitalista del proceso de trabajo como, en «retorno dialéctico», una consecuencia de dicha transformación, lo que refuerza aún más esta última. Esta observación sobre el factor de la lucha de clases puede relacionarse además con la observación sobre el carácter «nuevo» del proletariado «estadounidense» (inmigrantes de la segunda ola), extremadamente precario y muy móvil, lo que nos permitirá comprender mejor el surgimiento espontáneo de un movimiento obrero radical que se corresponde en particular con estas características de precariedad y movilidad (véase más adelante).

Estos pocos elementos económicos y sociales nos permiten vislumbrar el marco en el que evolucionará el movimiento obrero «estadounidense» y sus diferentes formas organizadas, que no son más que la expresión de los diversos intereses (a veces contradictorios) que lo constituirán y lo dividirán al mismo tiempo. Disponemos así de algunos elementos «objetivos» que nos permiten comprender mejor el carácter excepcional, en más de un sentido, de la experiencia obrera en los Estados Unidos en los años cruciales de finales del siglo XIX y principios del XX.

IV. EL MOVIMIENTO OBRERO ESTADOUNIDENSE Y EL EJEMPLO DE LOS INDUSTRIAL WORKERS OF THE WORLD (I.W.W.)

A. El movimiento obrero en la fase de dominación formal

* Como hemos visto en los capítulos anteriores, una serie de factores objetivos (entre ellos la transformación del proceso laboral) determinarán, a finales del siglo XIX, las características de la lucha obrera en los Estados Unidos, cuyos protagonistas principales serán los trabajadores de la segunda ola de inmigración. Anteriormente, el movimiento obrero (primera ola de inmigración) se caracterizaba por una organización/asociación basada en la defensa del oficio y de los trabajadores-obreros profesionales blancos.

Las primeras asociaciones obreras corresponden, por tanto, a este tipo de composición de clase -«obrero-artesano»- constituidas por profesionales impregnados de ideologías pequeño-burguesas: defensa del oficio y de la nacionalidad. Estas actitudes iban acompañadas de cierto racismo y del rechazo a organizarse con las masas «no cualificadas», así como con el proletariado de color. Así, se observan multitud de asociaciones corporativas, desde los «Caballeros de San Crepín» (zapateros)

hasta los más famosos «Caballeros del Trabajo». Sobre estos «Caballeros del Trabajo», Engels dirá en el prefacio a la edición estadounidense (1887) de «La situación de la clase obrera en Inglaterra» que presentan al mismo tiempo «un espíritu insurreccional, las costumbres más medievales. Está claro que la estructura casi feudal de los «Knights of Labor» se ajustaba perfectamente al modo de trabajo del que eran producto y «resultaría totalmente inadecuada para las nuevas condiciones de lucha impuestas a la clase obrera estadounidense». (Citado por B. Coriat : «L'atelier et le chronomètre», op. cit., pág. 54). Del mismo modo, D. Guérin señala que

«Los Caballeros del Trabajo fracasaron en un punto decisivo: no lograron encontrar una solución al problema de las relaciones entre trabajadores cualificados y no cualificados (...). Además, los Caballeros pusieron su organización, cuya fuerza numérica provenía de los no cualificados, al servicio de las reivindicaciones particulares de los cualificados». (Guérin D.: «El movimiento obrero en Estados Unidos desde 1866 hasta nuestros días», pequeña colección Maspero, F.M. n. ° 23, París, 1976, p. 31).

Este sindicalismo arcaico, basado en el romanticismo radical y la defensa de un modo de trabajo pre-capitalista, impregnó en gran medida los orígenes del movimiento obrero en los Estados Unidos. La introducción de nuevas máquinas que podían ser utilizadas por mano de obra no cualificada supuso la desaparición de muchas de estas asociaciones, al reducir la demanda de este tipo de mano de obra.

«En conclusión, podemos decir que el maquinismo conduce, por un lado, al trabajo asociado y organizado; por otro lado, a la disolución de todas las relaciones sociales y familiares que han existido hasta ahora». (K. Marx: «Extracto del acta de la sesión del Consejo General, 28 de julio de 1868»).

Los obreros profesionales, ideal tipo del «obrero artesano feudal», se agruparán posteriormente (1886) en la « American Federation of Labor» (1) dirigida por Gompers, que expresará abiertamente la tendencia de los sindicatos a convertirse en organismos estatales de salvaguarda de la mercancía fuerza de trabajo «cualificada y blanca», como lo demuestran los estrechos vínculos entre la A.F.L. y la American Protective Association, asociación para la «protección de los derechos de los estadounidenses de origen».

El gomperismo (los estadounidenses lo llaman gompersismo) se basa en la idea de que el trabajador cualificado, al ser escaso y muy solicitado, debe, mediante una organización monopolista que cierra celosamente sus puertas a los recién llegados, hacerse aún más escaso y deseable y, así armado, vender sus servicios al mejor precio, sin preocuparse ni por los demás trabajadores cualificados, que también gozan de un monopolio garantizado por una carta constitutiva, ni por los trabajadores no cualificados, abandonados a su triste suerte.

« (...) Dado que cada sindicato profesional está vinculado a los empresarios por contratos que expiran en fechas diferentes, ningún gremio quiere arriesgarse a romper un contrato en vigor para acudir en ayuda de otro gremio en huelga. Y así, mientras unos luchan, los otros se abstienen de ayudarles; y cada gremio es derrotado por separado.» (D. Guérin. d.c. , pág. 33).

Por otra parte, los trabajadores inmigrantes más recientes y de origen rural (eslavos, rusos, austrohúngaros, italianos, «judíos», chinos, etc.) sin cualificación, que fueron importados en gran

número para trabajar en las grandes concentraciones industriales, sustituyendo el proceso de trabajo manufacturero por uno basado en la mecanización y la profundización de la división del trabajo, irán invadiendo cada vez más el mercado laboral.

«De 1886 a 1898, el número de afiliados a la A.F.L. aumentó lentamente: 100 000 afiliados en 1890, 278 000 en 1898» (Y-H. Nouailhat, ya citado, pág. 332).

Ante la fragmentación de este mercado, la A.F.L. defendió una posición de «closed shop», es decir, la admisión exclusiva en la empresa de mano de obra sindicada, lo que los empresarios veían con buenos ojos, ya que esta política era una garantía de paz social. Además, la A.F.L. declaró su hostilidad hacia el auge de la influencia socialista representada por militantes como Eugène V. Debs y, sobre todo, Daniel De Léon, así como hacia la influencia anarquista que, basándose en la realidad de la política corporativista y pequeñoburguesa de la A. F. L. , intentaba demostrar la validez de sus posiciones de apoliticismo indiferenciado.

«Quiero decirles a ustedes, los socialistas, que he estudiado su filosofía, leído sus tratados de economía política, y no los menos importantes, estudiado sus obras fundamentales tanto en inglés como en alemán (...). Y lo que quiero decirles es que no solo no estoy de acuerdo con sus teorías, sino que tampoco lo estoy con su filosofía. En el ámbito de la economía, carecéis de solidez; en las cuestiones sociales, os habéis equivocado; en el plano industrial, sois quiméricos». (Gompers, 1903, citado en Henri Pelling: «Le mouvement ouvrier aux États-Unis», ed. Vent d'Ouest, París, 1965, págs. 133-134).

«Gompers también se preocupaba por dotar al movimiento obrero de un mayor prestigio ante los empresarios. Quería acostumbrarlos a la idea de que un sindicato consciente de sus responsabilidades era más una ventaja que un inconveniente para una empresa. (. . .) Gompers se esforzó por utilizar la Federación Cívica Nacional como medio de influencia. Se trataba de una sociedad fundada en 1900 para permitir el encuentro de los líderes de diferentes grupos sociales con el fin de eliminar las causas de los disturbios y la agitación social». (H. Pelling. Ídem, pág. 118).

El periodo crucial de principios del siglo XX y finales del XIX ilustra así el doble movimiento:

- 1) dentro del MPC, la plena realización de la sustancia del capital mediante la culminación/dominación de un modo de producción específicamente capitalista (como dice Marx).
- 2) Dentro del movimiento obrero, como consecuencia y causa de la formación de un modo de producción específicamente capitalista, la división de clases entre los sindicatos «tradicionales» (constituídos en la fase de dominación formal del proceso de trabajo por el capital) y las nuevas asociaciones de lucha económica y política clasista que surgieron de la nueva composición técnica del capital.

Como lo expresan claramente los Estatutos de los Trabajadores Industriales del Mundo: *«Entre estas dos clases debe haber lucha, hasta que los trabajadores de todo el mundo se organicen como clase, tomen posesión de la tierra y de los instrumentos de producción y abolan el sistema asalariado (...). En lugar del lema conservador: Un salario justo por una jornada justa, debemos inscribir en nuestra bandera el lema revolucionario: Abolición del salario».* (Véase el preámbulo de 1908 de los estatutos de la I.W.W. en «Larry Portis : «I.W.W. y el sindicalismo revolucionario en Estados Unidos», ed. Spartacus, M 2587, n. ° 133 B; París, 1985, pág. 139).

Pero, antes de profundizar en el ejemplar movimiento de la I.W.W., vamos a describir brevemente el clima social y las características de las luchas espontáneas que tuvieron lugar como preludio de la fundación de la I.W.W.

B. Ejemplos típicos de la lucha obrera en el siglo XIX

* Al margen de la política de colaboración de clases representada por la A. F. L., el movimiento obrero desencadenó fantásticos movimientos de lucha, cuyo ejemplo más famoso es sin duda el de «Haymarket Square», el 1 de mayo de 1886 (origen histórico de la «fiesta» del 1 de mayo), que vio la ejecución en la horca de los cinco líderes del movimiento: los mártires de Chicago. Tras la expulsión de 1200 trabajadores de la fábrica Mac Cormick de Chicago, en febrero de 1886, en plena preparación de la gran huelga para imponer la reducción de la jornada laboral a 8 horas, estallaron violentas manifestaciones. A raíz de la provocación policial (demostrada posteriormente en el juicio que rehabilitaría a los mártires), los seis líderes del movimiento fueron condenados a muerte (cinco ahorcados y uno suicidado).

Las declaraciones de estos militantes hablan por sí solas:

«La guerra de clases ha comenzado.

Ayer fusilaron a unos obreros delante de la fábrica Mac Cormick.

¡Su sangre clama venganza! Ya no hay lugar para la duda.

¡Las bestias salvajes que nos gobiernan están sedientas de la sangre de los trabajadores!

Pero los trabajadores no son ganados para el matadero. Al terror blanco, responden con el terror rojo.

¡Mejor morir que vivir en la miseria!

Puesto que nos ametrallan, respondamos de tal manera que nuestros amos lo recuerden durante mucho tiempo.

¡La situación nos obliga a tomar las armas!

Ayer por la noche, mientras las mujeres y los niños lloraban a sus maridos y padres caídos bajo las balas de los asesinos, los ricos llenaban sus copas y bebían, en sus suntuosas mansiones, a la salud de los bandidos del orden social...

¡Secad vuestras lágrimas, mujeres y niños que lloráis! ¡Esclavos, ánimo! ¡Viva la insurrección!».

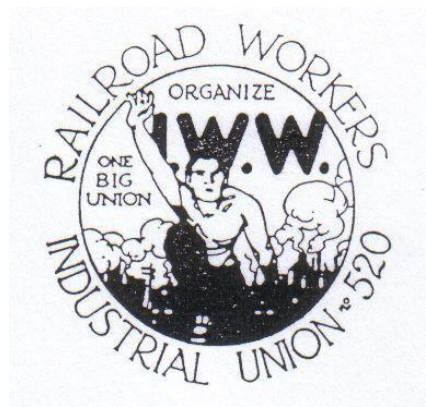
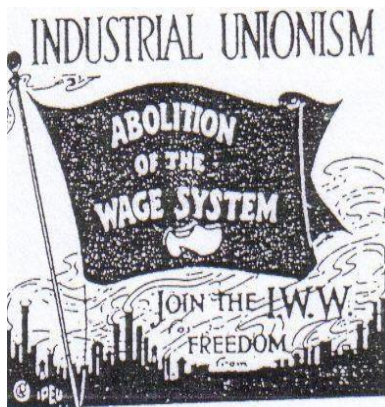
(Parsons y Spies: «Mártires de Chicago» en «El 1 de mayo en todo el mundo», ed. Librairie Sociale, París, 1914).

Podríamos multiplicar los ejemplos de luchas radicales y represiones feroces. A modo de ejemplo y para situar la dureza de los conflictos, citemos también la huelga de 1892 en las fábricas Carnegie de Homestead (Pensilvania), dirigidas por un tal H. C. Frick:

«Frick reaccionó movilizando un cuerpo de trescientos guardias Pinkerton que envió por la noche en barco, por el río. Pero los huelguistas fueron alertados y, cuando los guardias intentaron desembarcar, estalló la pelea: nueve trabajadores y tres guardias resultaron muertos.

Al cabo de trece horas, los Pinkerton se rindieron y la huelga continuó. La Guardia Nacional de Pensilvania entró entonces en las fábricas y, bajo su protección, se introdujeron esquiroles». (Citado por H. Pelling. o.d. citado, pág. 115).

En este clima social y frente al sindicalismo de colaboración de clases en vías de estatización, como nos indicará claramente más adelante el hecho de que Gompers aceptara en 1916 entrar en el Consejo de Defensa Nacional para asumir la presidencia de la Comisión de Trabajo, apoyando así abiertamente al presidente Wilson y la participación en la Primera Guerra Mundial, se constituyó, en el otro extremo, en junio de 1905, la Industrial Workers of the World, I.W.W. o «Wobblies», que afirma, en la primera frase de sus estatutos: «La clase obrera y la clase patronal no tienen nada en común» (en Larry Portis, d. c., pág. 118).



C. Las I.W.W

* Desde su fundación, la I. W. W. reunió a unos 100 000 miembros, organizó a este nuevo proletariado y luchó, en la mayoría de los casos con las armas en la mano, contra las milicias privadas Pinkerton y otras guardias nacionales, pero también contra la A. F. L., que «se negaba a sumarse a las huelgas, lo que le habría aportado nuevos afiliados entre los inmigrantes recientes y no cualificados» (H. Pelling, ya citado, pág. 140).

Como indica L. Portis: «Esta falta de coherencia en el pensamiento sindical y esta negativa a la cohesión frente a la patronal dejaban vía libre a todos los abusos, compromisos y corrupciones. La creación de la I. W. W. en 1905 respondería a esta carencia y a esta negativa, al tiempo que indicaba que la evolución política de la clase obrera estadounidense había alcanzado una nueva fase.

Una evolución que demostraba que el contenido revolucionario del pensamiento marxista y anarquista había sido asimilado por una minoría activa de trabajadores y que las formas establecidas de organización sindical se revelaban incapaces de expresar globalmente los intereses del proletariado. Efectivamente, la nueva composición social de la clase obrera, resultado de la transformación del capitalismo estadounidense en una economía industrial a gran escala, exigía un sindicalismo industrial o más adaptado» (L. Portis: «I.W.W. et le syndicalisme révolutionnaire...», ya citado, pág. 12).

Cabe señalar, con Y-H Nouailhat, que *«si bien la A.F.L. se interesaba por los trabajadores especializados o semi-especializados, agrupados en sindicatos profesionales, en 1910 aún dejaba de lado al 90 % de los trabajadores estadounidenses no sindicados, en particular a todos los trabajadores no especializados. Los negros también estaban excluidos de los sindicatos de la A.F.L.»* (O. ya citado, pág. 333).

Así, tanto desde el punto de vista ideológico como desde el punto de vista de la composición de clase y desde el punto de vista estructural de la propia organización, la I. W. W. se situó en ruptura con el sindicalismo «tradicional». La estructura industrial de organización por ramas industriales, el punto de vista directamente internacionalista (como la tendencia a convertir la I.W.W. en una organización internacional), la flexibilidad en la capacidad de adaptarse a las luchas y al proletariado móvil y precario, se ajustarán así plenamente al proletariado recién llegado.

«Excluido por los sindicatos, que no contemplaban la defensa de esta mano de obra no cualificada y explotada por los patronos, el nuevo proletariado vivía este rechazo en condiciones espantosas. En parte por oposición a esta situación de la organización del trabajo y para contrarrestar las tendencias reaccionarias y corporativistas de las organizaciones sindicales, la A. F. L. (American Federation of Labor), en particular, que la I.W.W. dedicó todos sus esfuerzos a reunir a trabajadores cualificados y no cualificados en una misma organización destinada a convertirse en el principal vehículo de un movimiento revolucionario. » (L. Portis. Ídem, pág. 11).

La I. W. W. reunió rápidamente a miles de militantes bajo su lema «One Big Union» (Una gran unión), pero también a todas las diferentes tendencias y personalidades de la «izquierda radical». De izquierda a derecha: Adolph Lessig, Big Bill Haywood y Carlo Tresca desfilando por las calles de Nueva York con los huelguistas de Paterson el día del espectáculo celebrado en el Madison Square Garden, el 7 de junio de 1913:



«Cabe destacar que el día inaugural del Congreso reunió a héroes de la lucha revolucionaria norteamericana, reconocidos mundialmente, algunos de los cuales siguen siendo leyendas hoy en día, como William «Big Bill» Haywood, de la Western Federation of Miners, famoso por el papel que desempeñó en la I.W.W. ; Daniel De León, del Socialist Labour Party; A. Simons, del Partido Socialista, Lucy Parsons, viuda de Albert Parsons, mártir de Haymarket, y «Mother Jones», figura muy conocida de los United Mine Workers» (L. Portis, ídem, pág. 44).

A esta lista podemos añadir personalidades que posteriormente se harían famosas, como James P. Cannon, John Reed, James Connolly y la anarquista Emma Goldman. Como contrapunto a estas

fuerzas revolucionarias, la A.F.L. se asociará cada vez más con la vanguardia de la patronal estadounidense, convirtiéndose en ferviente defensora de la O.S.T., lo que permitirá a su base corporativa y cualificada beneficiarse de los puestos de supervisión abiertos gracias a la división taylorista entre ejecutores y diseñadores, así como de las «ventajas» del salario a destajo.

«Gompers fomentó, sin embargo, una novedad que, no obstante, se mantenía en la línea de su política general. Aprobó explícitamente la «gestión científica», esta nueva técnica de mejora del rendimiento del trabajador mediante el análisis de la duración de la ejecución y una distribución juiciosa de las primas por rendimiento» (H. Pelling, ya citado, pág. 158).

Como hemos visto, los sindicatos profesionales de la fase de dominación formal poseían tanto el conocimiento del proceso de trabajo como el del tiempo necesario para la producción de mercancías.

La introducción de la mecanización y, sobre todo, de la O.S.T. romperá estos parámetros, instituyendo el monopolio de la gestión del tiempo de trabajo en manos capitalistas. Si bien en un primer momento el «viejo» sindicalismo se opuso a la división tiempo/movimiento que socavaba las bases mismas de su existencia, rápidamente se adaptó a los nuevos trastornos del modo de producción para convertirse luego en el representante privilegiado de una fracción del mercado de la fuerza de trabajo (los antiguos obreros, blancos, cristianos, cualificados,...) para más tarde acompañar el establecimiento del modo de producción específicamente capitalista, convirtiéndose en un engranaje estatal al que se le confiaba el control de los conflictos sociales mediante la gestión de los salarios individuales y la plusvalía social.

La base social de los sindicatos, convertidos en «sindicatos estatales» (véase A.F.L.- C.I.O., fusionados en 1955) ya no es la de las antiguas asociaciones profesionales, sino que se ha ampliado a toda la sociedad civil, aunque estas mantienen una gran desconfianza hacia los trabajadores sin cualificación, sin «patria» y sin «dioses». Lo mismo ocurre con el proceso de separación entre el trabajo manual y el intelectual que se produjo a raíz de la división capitalista del trabajo, y paralelamente al proceso de «descalificación/desvalorización» de la mercancía fuerza de trabajo. A la pérdida del control del tiempo corresponde la creciente separación entre la abrumadora mayoría de los trabajadores que tienden a realizar trabajos sencillos y el monopolio del trabajo complejo por parte de la clase obrera superior (procedente de los estratos obreros más cualificados y de origen más antiguo).

En esta etapa, el maquinismo ya no permite al obrero controlar el tiempo de trabajo ni conocer el proceso de trabajo; el proletario es progresivamente marginado del proceso de trabajo por las máquinas: son estas las que a partir de ahora marcan el ritmo e imponen las acciones al obrero. Nos enfrentamos aquí a un verdadero «rompecabezas» para el movimiento obrero: la formación de un modo de producción específicamente capitalista que sustenta al mismo tiempo el vertiginoso aumento de la valorización por el trabajo humano, a la vez devaluado y en pérdida de centralidad en el proceso de trabajo.

La muerte del «control obrero» sobre el oficio, el despojo del poder productivo del hombre, su transferencia a la máquina mediante la fijación tecnológica del saber social cavarón la tumba del desarrollo pacífico y regular del movimiento obrero, privando así de toda racionalidad al proyecto reformista de toma del poder mediante la extensión y el refuerzo de la producción cooperativa. Este, que ya había sido denunciado por Marx como una ilusión acorde con la etapa formal de sometimiento del proceso de trabajo al capital, se convirtió en un órgano del capital dentro del movimiento

proletario. Lo mismo ocurrirá con la transformación de las asociaciones corporativas de la fase de dominación formal en organismos integrados en el engranaje del Estado en la fase de dominación real. Más que nunca, la práctica obrera elemental de defensa, de lucha «económica», se oponía de hecho al sindicalismo «tradicional» representado por la A. F. L. El movimiento obrero se organizó gracias al sindicalismo de lucha dentro de una asociación proletaria, las I.W.W., guiada por su práctica cotidiana de «huelgas salvajes», sabotajes y enfrentamientos violentos con los «guardias blancos», se ganó sobre el terreno los galones necesarios para la guerra de clases, sobre todo en los territorios del «Oeste salvaje».

El capital, consciente del peligro que representaba la I.W.W., no tardó en afirmar sin tapujos su terrorismo mediante el linchamiento de los huelguistas, la caza de los «rojos» y la guerra abierta contra los «Wobblies» y los «Hoboes», immortalizados en los relatos de Jack London (véase, en particular, «El talón de hierro», U.G.E. 10/18) y las canciones de Joe Hill (miembro de la I.W.W. y asesinado legalmente). Al oponerse a la represión y a la pasividad, e incluso al apoyo dado por la A. F. L. a la violencia del capital, la I.W.W. reunió rápidamente a decenas de miles de trabajadores. La A. F. L. patrocinó una campaña de propaganda que denunciaba a la I.W.W. como antiamericana, criminal y sin moralidad.

«Paralelamente a esta ofensiva de la A. F. L., el Gobierno federal concedió la jornada de ocho horas y creó sindicatos amarillos en las minas y las serrerías, medidas destinadas a pacificar a la mayoría de los trabajadores y a prevenir cualquier recrudecimiento de la actividad de los Wobblies». (L. Portis, ya citado, pág. 113).

Pero la I.W.W. no era una «simple» organización de defensa «sindicalista», sino que luchaba mediante la lucha económica con el objetivo declarado de abolir el salario y destruir el régimen capitalista, aplicando así la táctica marxista de no limitar nunca el conflicto a sus aspectos económicos de oposición a la desvalorización de la mercancía fuerza de trabajo, sino convertirlo en una poderosa palanca de la lucha revolucionaria contra la mercancía y el capital.

«El objetivo final del movimiento político de la clase obrera es, naturalmente, la conquista del poder político en su beneficio, lo que implica necesariamente que, previamente, surja y crezca una organización suficientemente desarrollada de la clase obrera a partir de sus propias luchas económicas. (. . .) De esta manera, todos los movimientos económicos aislados de los trabajadores se desarrollan en todas partes en un movimiento político, es decir, un movimiento de clase con el fin de realizar sus intereses de forma general, que tenga fuerza coercitiva para toda la sociedad. Estos movimientos suponen una cierta organización previa y, al mismo tiempo, son a su vez un medio para desarrollar esta organización». (Marx K. a F. Boîte, 23 de noviembre de 1871, en «Correspondencia»).

Así, la I.W.W. aplicó sobre el terreno una táctica que vinculaba estrechamente las luchas «económicas» y la propaganda revolucionaria, en particular a través de formas de lucha de «acción directa» (2), logrando así unificar en la acción las tendencias marxistas y anarcosindicalistas del movimiento obrero (lo que es prácticamente un caso único desde la A.I.T. (Primera Internacional). Por otra parte, la I.W.W. se «estructura» esencialmente para y a través de los conflictos, engrosando y movilizándolo a sus militantes durante las huelgas, para luego «desaparecer» y reaparecer miles de kilómetros más lejos durante un nuevo conflicto.

Esta estructura esencialmente móvil y flexible se adapta particularmente bien al tipo de proletariado que organizan, que es a su vez extremadamente precario y móvil. Esto lleva a D. Guérin a decir: «Ya no se trataba, como en el esquema primitivo, de una gran central sindical destinada a derrotar a la A. F. L., sino de una minoría activa, una especie de equipo móvil dispuesto a desplazarse inmediatamente a cualquier punto del campo de batalla y ponerse al frente de las luchas emprendidas por los trabajadores. Así, la I.W.W., aunque no cumplió la gran misión que se había asumido originalmente, prestó, a pesar de todo, un importante servicio a la clase obrera estadounidense. Ante la falta de gomperismo, fueron los únicos que intervinieron en las luchas obreras de los trabajadores no cualificados» (D. Guérin: «El movimiento obrero en Estados Unidos», ya citado, pág. 54). John Reed describirá así algunas de estas luchas (en particular en sus artículos para la revista «Les Masses», «En Paterson (Nueva Jersey) hay guerra.» Pero es una guerra extraña.

La violencia proviene de un solo bando: los patronos de las fábricas. Sus sirvientes, los policías, apalean a hombres y mujeres que no hacen ningún mal y cargan a caballo contra multitudes que se mantienen dentro de la estricta legalidad. Sus mercenarios, los detectives armados, utilizan sus fusiles para masacrar a personas inocentes. Sus periódicos, el Paterson Press y el Paterson Call, incitan al asesinato y a la violencia contra los líderes sindicales. Su instrumento, el juez Carroll, condena a duras penas a los pacíficos piquetes de huelga que la policía se apresura a detener. Los patronos tienen el control absoluto de la policía, la prensa y los tribunales (John Reed citado por Robert Rosenstone en «John Reed», ed. Maspero, París 1976, pág. 193).

Como señala el mismo Rosenstone: «En sus discursos, los líderes se declaraban revolucionarios, afirmaban la necesidad de destruir el sistema capitalista y hablaban de «huelga general», «sabotaje» y «propaganda por la acción».

La ideología de la I.W.W. era una curiosa mezcla de marxismo, sindicalismo y anarquismo, pero sus líderes sabían que los trabajadores creían más fácilmente en mejoras inmediatas que en esperanzas lejanas y utópicas (...) Con sus vagabundos, sus poetas, sus enérgicos organizadores, famosos por los violentos debates que tuvieron lugar en Spokane, Fresno y San Diego, por su reputación de violencia debido a los sabotajes y los enfrentamientos con la policía y los vigilantes, la I.W.W. aparecía como una organización activa que transformaba el movimiento radical en un grito heroico por la libertad, donde se sabía gritar consignas valientes frente a los fusiles de las milicias privadas.

Luchar con la I.W.W. era luchar por la justicia y sentir la euforia de los tiempos revolucionarios» (R. Rosenstone, ya citado, pág. 195). El lema favorito de Carlo Tresca (uno de los líderes de la I.W.W. junto con «Big Bill») era «¡Occhio per occhio, dente per dente, sangue per sangue!». Por lo tanto, lo que predominaba claramente en el seno de la I.W.W. era ser una organización al servicio de las luchas radicales de los trabajadores y no al revés, los trabajadores al servicio de una organización; esta realidad rompía claramente con el «viejo sindicalismo» de la fase de dominación formal.

En este periodo a caballo entre dos siglos se perfiló claramente, por un lado, el proceso de integración en el aparato estatal de las antiguas organizaciones que se basaban en la alianza «capital/trabajo» - móvil ideológico que las convirtió en organismos que se ocupaban prioritariamente de la venta de la mercancía fuerza de trabajo, de acuerdo con las condiciones de la valorización (véase el apoyo que prestaban a los nuevos métodos tayloristas de explotación)- y las reacciones obreras contra el despotismo de las fábricas y los órganos del capital, que en un primer momento tomaron la forma de

revueltas espontáneas y violentas (véase, a este respecto, el ejemplo de Haymarket Square en Chicago), para luego tender a organizarse como clase revolucionaria. Esta segunda etapa de la formación de la clase revolucionaria 100 se materializa con el surgimiento de un tejido de asociaciones obreras revolucionarias (algunas de ellas procedentes de rupturas con la antigua A. F. L., como es el caso de la Western Federation of Miners), pero la juventud y la heterogeneidad misma del movimiento (al igual que del proletariado que lo componía) hicieron que, dentro de estas expresiones clasistas, la corriente anarcosindicalista lograra aniquilar el dinamismo político de la lucha obrera, contribuyendo a congelarla en su dimensión primaria de defensa económica. Así, en el seno de la I.W.W., se atacaron las tendencias revolucionarias -exclusión en 1908 de la tendencia De León- y se suprimió el artículo de los Estatutos que preconizaba la acción política.

Como señala encore R. Rosenstone: *«En un principio, el sindicato contó con el apoyo de algunos socialistas como Eugene V. Debs y Daniel De Leon, pero cuando se declaró contrario a la acción política, por revolucionaria que fuera, estos se separaron de él. La I.W.W. consideraba la política como una especie de juego inventado para distraer la atención de los trabajadores de sus verdaderas preocupaciones. Según la I.W.W., era mucho más importante organizar a los trabajadores que a los votantes, ganar las huelgas que las elecciones».* (R. Rosenstone, ya citado, pág. 194).

Como en otras partes del mundo, la polarización entre la política reformista y el apoliticismo anarquista (entre el gomperismo y el anarcosindicalismo dentro de la I.W.W.) obstaculizaba el crecimiento del movimiento revolucionario unitario, que necesitaba tanto organizaciones de lucha poderosas como un relevo político para su lucha revolucionaria. En la I.W.W., el enfrentamiento político fue permanente y, a pesar de la fuerte influencia anarquista, los acontecimientos empujaron cada vez más a la organización a adoptar posiciones políticas para «eliminar de los consejos de la fuerza obrera organizada a esas ratas que se engordan con el queso de las cotizaciones» (Declaración de la I.W.W., citada por L. Portis, ya mencionado).

Las críticas de Marx contra «el indiferentismo en materia política» recuperan así su relevancia: *«Si la lucha política de la clase obrera toma una forma revolucionaria, si los trabajadores, en lugar de la dictadura de la burguesía, establecen su dictadura revolucionaria, cometen un crimen atroz contra los principios; pues para satisfacer sus necesidades cotidianas, necesidades lamentables y profanas, para romper la resistencia de la burguesía, dan al Estado una forma revolucionaria y pasajera en lugar de deponer las armas y suprimir el Estado. (...). En una palabra, los obreros deben cruzarse de brazos y no perder el tiempo en movimientos políticos y económicos. Todos estos movimientos solo pueden reportarles resultados inmediatos.*

Como personas verdaderamente religiosas, deben despreciar las necesidades del día a día y gritar con profunda fe: ¡Que nuestra clase sea crucificada, que nuestra raza perezca, pero que los principios eternos permanezcan puros de toda mancha! Como cristianos devotos, deben creer en la palabra del sacerdote, despreciar los bienes de este mundo y buscar únicamente ganar el paraíso. Leed en lugar de paraíso la liquidación social que, un buen día, debe tener lugar en algún rincón de este mundo - nadie sabe quién la llevará a cabo ni cómo- y ya está. (K. Marx: «Del indiferentismo en materia política», 1873, en Marx-Engels, «Textos sobre la organización», ed. Spartacus, París 1970, págs. 110-111).

Es ante la cuestión de la Primera Guerra Mundial calificada por los I.W.W., al igual que Lenin,

Trotsky y otros anarcosindicalistas como Rosmer y Monatte (3), de «guerra imperialista», así como ante la fantástica esperanza nacida de la revolución de octubre de 1917, que la I.W.W. se radicalizó y desarrolló movimientos contra la participación de los Estados Unidos en esta guerra. A modo de ejemplo, podemos citar un artículo del periódico de la I.W.W. «Solidarity» sobre su postura frente a la guerra: *«El principio de la solidaridad internacional de los trabajadores, al que siempre nos hemos adherido, nos impide participar en cualquier disputa sobre el botín que se va a repartir, en la que está involucrada la clase de los parásitos.»*

«Camaradas: ¡Recordad! », Nosotros estamos aquí para vosotros; vosotros estáis ahí para nosotros.



Nuestras canciones, nuestras publicaciones, los sentimientos de todos los afiliados, el espíritu mismo de nuestro sindicato, dan testimonio de nuestra oposición tanto al capitalismo como a su guerra. Todos los militantes llamados a filas deberían firmar así sus solicitudes de exención: « I. W. W., contrario a la guerra». (Citado en William D. Haywood: «La historia de Big Bill», ediciones Iskra, Milán 1977, pág. 311). Esta política desencadenó una represión implacable, el asesinato de muchos de sus militantes, miles de encarcelamientos (entre ellos el de «Big Bill»), deportaciones, torturas y otros «linchamientos». 2 de julio de 1917: deportación de los mineros del IWW de Bisbee (Arizona) y sus simpatizantes.

FELLOW WORKERS



WE ARE IN HERE FOR YOU; YOU ARE OUT THERE FOR US

Cabe señalar que esta ola de represión terrorista «anti-roja» y «anti-Wobblies» fue tan violenta que la historia oficial, aún hoy, tiende a asimilarla al «folclore» del «Lejano Oeste» y no tiene parangón en toda la historia del movimiento obrero en los Estados Unidos. Es evidente que la feroz represión contra la única fuerza revolucionaria organizada que existió de manera notable en EE. UU., determinó las características posteriores de la lucha de clases en ese país (por un lado, los sindicatos comprometidos con los diferentes aparatos del Estado y, por otro, la explosión regular de movimientos espontáneos y

muy violentos...). Al romper militarmente la I.W.W. y anexionar la A. F. L., el Estado burgués más poderoso del mundo conquistó largas décadas de paz social, dejando a los movimientos obreros solo las explosiones periódicas de violencia de clase, siempre aplastadas en sangre, todo ello mezclado con un nacionalismo «americanista» excesivo. Era «tradición» marcar con un hierro candente las iniciales I. W. W. en el trasero de los militantes obreros (al igual que crucificarlos en vagones de tren), mientras les obligaban a cantar el himno estadounidense y besar la bandera estrellada.

«Un «encantador hombre de negocios» intentó introducirle un bastón en el recto, otro le retorció los testículos y otros se divirtieron grabándole las letras I. W. W. en las nalgas, infligiéndole horribles quemaduras con un cigarro encendido. Esta dolorosa ceremonia terminó con una nota patriótica. Obligaron a Reitman a besar la bandera estadounidense y a entonar un himno patriótico, The Star-Spangled Donner». (Citado por L. Portis, ya mencionado, pág. 105, según Richard Drinnon, Rebel in Paradise: «A biography of Emma Goldman», Chicago, University of Chicago Press, 1961, pág. 136).

La acción de la I.W.W. dependía en su mayor parte de las circunstancias (al no tener una visión estratégica y política clara) y de reacciones «puntuales» ante la represión de la patronal y del Estado. La importancia histórica de la I.W.W. reside más en la importante resistencia espontánea de los trabajadores frente a las iniciativas enemigas, en la organización del «odio» de clase frente a la barbarie del sistema, que en la posesión de una visión clara de la política revolucionaria a seguir; sobre todo porque, como ya hemos señalado, la I.W.W. estaba fuertemente impregnada de la ideología anarquista, que quería limitar su acción al ámbito de la lucha económica y prefigurar la sociedad futura: *«Al organizarnos por industrias, formamos la estructura de la nueva sociedad dentro de la antigua».* (Preámbulo de 1908, citado por L. Portis. d.c., pág. 139).

Sin embargo, ante la importancia de la represión a la que se veían sometidos los militantes, la I.W.W. tuvo que radicalizarse, rechazando, por ejemplo, el dogma de la acción «pacífica», así como la creencia en la naturaleza democrática del Estado estadounidense, para plantear sus acciones desde una perspectiva de lucha política, en particular contra la guerra y en defensa de la Revolución de Octubre. Como dice D. Guérin, por un lado la represión, «Miles de «Wobblies» fueron arrestados y condenados a largas penas de prisión.



De izquierda a derecha: Max Eastman, James P. Cannon y «Big Bill» Haywood en Moscú, en 1922: El movimiento fue pura y simplemente decapitado. Nunca se recuperaría». Y, por otro lado, el tipo de acción de la I.W.W.: *«La incapacidad de los «Wobblies» para construir una organización permanente. Destacaban en la formación de equipos móviles, en la improvisación, eran más agitadores y propagandistas que organizadores».* (D. Guérin, obra ya citada, pág. 58). Hicieron que la I.W.W. no pudiera resistir esta terrible ola de lo que Marx ya llamaba «el canibalismo de la contrarrevolución».

D. Las I.W.W. y el movimiento revolucionario internacional

* Los elementos más comprometidos, como «Big Bill Haywood» (véase su breve biografía extraída de la novela de John Dos Passos en «42ème Parallèle», en el anexo, p. 129), John Reed, James P. Cannon, Max Eastman, Louis Fraina, etc. se unieron a las filas de los marxistas internacionalistas y de la III Internacional. Esta radicalización de la I. W. W., (al igual que la de muchos otros militantes como Victor Serge, Rosmer, Souvarine, etc.) se concretó en el hecho de que la I. W. W. fue, en gran parte, la responsable de la creación de los dos partidos comunistas en los Estados Unidos (el «obrero», creado por John Reed, y el dirigido por Fraina (4)).

Estos dos partidos intentaron expresar y explicar el carácter revolucionario del sindicalismo industrial de la I.W.W., así como la imposibilidad de militar en la antigua A.F.L., no a partir de un «dogma» a priori, sino basándose en una simple constatación de la realidad de la lucha de clases, que prácticamente había zanjado esta cuestión: desde hacía muchos años, ningún elemento ni siquiera vagamente «socialista» podía de hecho militar en el seno de la A. F. L., lo que les llevó a oponerse en esta cuestión a la dirección de la I.C. (véanse las intervenciones de Louis C. Fraina en las reuniones de la oficina de Ámsterdam en «Du premier au deuxième congrès de l'Internationale Communiste», bajo la dirección de P. Broué, ed. E.D.I., París 1979).

Esta cuestión volvió a surgir durante la creación, en el III Congreso de la IC (junio de 1921), de la ISR (Internacional Sindical Roja), donde la dirección de la IC precisó: *«En América observamos los mismos desarrollos, pero un poco más lentos (que en Inglaterra. N.D.R.). En ningún caso los comunistas deben limitarse a abandonar la Federación del Trabajo (A.F.L.), organismo reaccionario: por el contrario, deben hacer todo lo posible por penetrar en los antiguos sindicatos y revolucionarlos. Es necesario colaborar con los mejores elementos de la I. W. W., pero esta colaboración no excluye la lucha contra sus prejuicios».* (En «Quatres premiers congrès mondiaux de l'Internationale Communiste 1919-1923», Librairie du Travail, París, 1934, reedición facsímil F. Maspero, 1975, «L'internationale Communiste et l'Internationale Syndicale Rouge», pág. 131).

Esta postura supone un claro retroceso tanto con respecto a la realidad de la lucha en los Estados Unidos como con respecto a las primeras posiciones de la I. C., que entonces defendía claramente una ruptura con el viejo sindicalismo (en consonancia con las posiciones de la I.W.W.).

«El partido, al impulsar por todos los medios el proceso de escisión en la A. F. L. y en las demás confederaciones y sindicatos corporativos afines a ella, debe esforzarse por mantener las relaciones más estrechas posibles con las organizaciones económicas en las que se expresa el sindicalismo industrial (I. W. W., One Big Union, los sindicatos que están abandonando la A.F.L.). El Partido debe trabajar en estrecha colaboración con ellos y, al mismo tiempo, esforzarse por su unificación y por la creación de organizaciones económicas proletarias fuertes, imbuidas de conciencia de clase.

El Partido, al apoyar de todas las formas posibles a los sindicatos industriales en su lucha cotidiana por las reivindicaciones económicas inmediatas, debe esforzarse por ampliar y agudizar esta lucha; por transformarla en una lucha orientada hacia los objetivos revolucionarios del proletariado para derrocar a la burguesía y destruir el orden capitalista». («La Internacional Comunista a los camaradas estadounidenses; a los comités centrales del PC de América y del PC Obrero de América»

-diciembre de 1919- citado en «La izquierda alemana y la cuestión sindical en la III Internacional», *Kommunistick Program*, ed. PCI, 1971).

Así, los intentos de la I. W. W. por integrarse en el movimiento comunista internacional estaban condenados al fracaso (situación similar a la de la C. N. T. española), al tiempo que la represión aplastaba a sus militantes y decapitaba a sus líderes, algunos de los cuales, a título individual, se refugiarían en la Rusia soviética (véase Big Bill Haywood, Emma Goldman).

E. Declive de los I.W.W. y características del movimiento obrero en EE. UU.

* La coincidencia entre esta implacable represión y los trastornos en la esfera productiva (desarrollo del «fordismo» -producción en masa-) que se hizo aún más evidente tras la Primera Guerra Mundial, puso fin de forma casi definitiva a la existencia de la I.W.W. como movimiento de importancia en los Estados Unidos. En este sentido, seguirán siendo la única expresión clara de un movimiento revolucionario que ha existido en los Estados Unidos hasta nuestros días.

«Sin embargo, la I.W.W. siguió desempeñando un papel apreciable en algunos sectores de la industria, en particular en las minas y los aserraderos, pero ya no ejercía una influencia notable sobre el proletariado estadounidense» (L. Portis, ya citado, pág. 21).

No obstante, la forma de organización típica de la I.W.W. (el sindicalismo industrial) resurgió en el periodo de entreguerras con la creación en 1935 del C.I.O. (Comité para la Organización Industrial). Pero esta organización, independientemente de su forma, se constituirá de manera antagónica al proyecto revolucionario de la I. W. W. y participará directamente en las estructuras de gestión estatal, lo que «naturalmente» la llevó a fusionarse con la antigua A. F. L. para constituir en 1955 la A.F.L.-C.I.O., pilar electoral del Partido Demócrata, y así hasta nuestros días.

«Sin embargo, bajo la dirección de John L. Lewis, presidente de United Mine Workers, la C.I.O. apenas desarrolló el carácter revolucionario inherente a la I.W.W. Gracias al acuerdo tácito entre Lewis y el presidente Roosevelt, el C.I.O. se benefició del apoyo gubernamental para la organización de los trabajadores en diversos sectores industriales: el automóvil, la siderurgia, la electricidad y el caucho. A cambio, el C.I.O. apoyó a los candidatos del Partido Demócrata en las campañas electorales». (L. Portis. d.c., pág. 127).

Esta realidad de la integración de la «AFL-CIO» en la sociedad civil estadounidense se reforzó aún más durante la Segunda Guerra Mundial, en la que cabe destacar, entre otras cosas, la creación por parte de Roosevelt del Consejo Nacional de Trabajo de Guerra, en el que se sentaban la AFL, la C.I.O. y los sindicatos independientes, así como los principales empresarios. En todas las grandes concentraciones industriales, el papel fundamental de los sindicatos no solo es reconocido, sino claramente fomentado por los empresarios.

Así, Henry Ford no solo aceptó la implantación del sindicalismo en sus empresas, sino que llegó incluso a organizar un sistema de retención en origen, sobre el salario de los trabajadores, de las cuotas sindicales. Nuestra hipótesis es, por tanto, que ya no se trata de «direcciones sindicales corruptas» (aunque es de dominio público que existen estrechos vínculos entre ciertas «direcciones sindicales» y

la mafia, como lo demuestra el ejemplo del sindicato de camioneros) ni de un «sindicalismo colaboracionista», sino de una modificación fundamental en las relaciones sociales del trabajo, producto de la fase de dominación real basada en la existencia, en todos los países centrales del M.P.C., de centrales sindicales estatales que responden totalmente a las necesidades de la valorización capitalista. Ante esta realidad, el movimiento obrero, especialmente en EE. UU., responderá con el renacimiento periódico de verdaderas asociaciones de lucha, así como con la reutilización de los «viejos» métodos de lucha denominados «acciones directas», como nos muestran diferentes conflictos recientes (véase, sobre la huelga de mineros, la película «Harlan Country, EE. UU.», 1976 o la de 1978: «Blue Collar»).

La tradición de los «Wobblies» se rescata así regularmente del folclore para volver a convertirse en una fuerza activa del movimiento obrero, aunque este «renacimiento» se produzca la mayoría de las veces sin referencia explícita a la experiencia de la I.W.W.

Otro ejemplo importante es la huelga de las fábricas Chrysler en junio de 1974 (producción de camiones), en la que, en un folleto que relata los hechos, los propios huelguistas indican: *«Hoy en día, el verdadero papel del sindicato se ha vuelto tan claro que se refleja en todas partes. Los sindicatos no son instituciones creadas para aportar ventajas a sus miembros mediante instrumentos como los contratos, sino que son instituciones que sirven a los intereses de una clase de burócratas y «jefes», asumiendo una función indispensable para el capitalismo industrial contemporáneo. Al igual que Chrysler forma parte del monopolio del automóvil, la U.A.W. (sindicato del automóvil) tiene el monopolio de la venta de mano de obra en este mercado, de quién se contrata, en qué condiciones trabaja esta mano de obra y en qué condiciones puede ser despedida».* (En «Wildcat, Dodge Truck», junio de 1974, traducción y publicación «Echanges et Mouvement», febrero de 1977, cf. B. P. 241, 75866 París Cedex 18, Francia).

Cuando se leen las descripciones de estas huelgas, como la igualmente ejemplar de Lordstown en 1972 en General Motors (véase Pomerol y Medoc: «Lordstown 72 ou les déboires de la General Motors», éd. De l'Oubli, París 1977), queda claro que en ellas se encuentran prácticamente todas las reivindicaciones clásicas de la I. W. W., desde la crítica al sindicalismo «tradicional» hasta el «redescubrimiento» de los métodos de lucha que hicieron famosos a los I. W. W. sesenta años antes.

Del mismo modo, estas críticas teóricas y «en acción» coinciden también con lo que Marx ya había esbozado como crítica de lo que podía llegar a ser el sindicalismo: *«(Los trabajadores) no deben olvidar que luchan contra los efectos y no contra las causas de esos efectos, que solo pueden frenar el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección, que solo aplican paliativos, pero sin curar el mal. Por lo tanto, no deben dejarse absorber exclusivamente por estas escaramuzas inevitables que surgen constantemente de las continuas invasiones del capital o las variaciones del mercado. Deben comprender que el régimen actual, con todas las miserias que les impone, genera al mismo tiempo las condiciones materiales y las formas sociales necesarias para la transformación económica de la sociedad. En lugar del lema conservador: «Un salario justo por una jornada de trabajo justa», deben inscribir en su bandera el lema revolucionario: «Abolición del salario».* (K. Marx: «Salario, precio y ganancia», ed. en lenguas extranjeras, Pekín 1975, pág. 73).

Nos parece que esa ha sido la práctica efectiva de la I. W. W. durante los quince años en que esta organización ha luchado en el bastión mismo del modo de producción específicamente capitalista. A

caballo entre «las dos fases históricas del desarrollo económico de la producción capitalista», nos parece que la I. W. W. reflejó al mismo tiempo los cambios fundamentales en la composición de la clase obrera, derivados del cambio de fase, y prefiguró en gran medida, en un contexto específico, las principales tendencias de la lucha obrera en el siglo XX: la organización independiente de los trabajadores en lucha, más allá de sus «características profesionales» u otras; la lucha directa por reivindicaciones económicas y, simultáneamente, desde una perspectiva revolucionaria, la voluntad de transformar radicalmente su condición de «esclavos asalariados».

Pero esto va mucho más allá del alcance de este trabajo, en el que queremos destacar sobre todo la relación fundamental entre la transformación del proceso de trabajo y la transformación de la propia composición de la clase obrera, que se materializó en los Estados Unidos con la aparición de un nuevo tipo de asociación obrera: las I.W.W. En este sentido, queremos mantener la «antigua» hipótesis de Marx y Engels de que la clave para comprender los movimientos sociales se encuentra en las propias transformaciones de la esfera de la producción, independientemente de la «conciencia» que los actores sociales puedan tener de ello.

«Si hemos sido derrotados, lo único que tenemos que hacer es volver a empezar desde el principio. Y, por suerte, el respiro -sin duda muy breve-que se nos concede entre el final del primer acto y el comienzo del segundo del movimiento nos da tiempo para realizar una tarea de gran utilidad: analizar las causas que hicieron inevitables tanto el reciente levantamiento como su derrota, causas que no deben buscarse en los esfuerzos, talentos, errores o traiciones accidentales de algunos de los líderes, sino en las condiciones sociales generales de vida de cada una de las naciones sacudidas por la crisis». (Engels en «Revolución y contrarrevolución en Alemania», 1851, N.Y. Tribune, en «La revolución democrática burguesa en Alemania», Editions Sociales, París 1951, pág. 204).

Notas del capítulo IV

- (1) Un estudio más detallado demostraría que este proceso es general en todo el mundo, aunque menos claramente delimitado estructuralmente (véase el nacimiento de las diferentes centrales sindicales en Europa Occidental).
- (2) Nos referimos aquí a lo que en el movimiento obrero se denomina «acción directa», es decir, el sabotaje, los piquetes volantes, la organización autónoma, la huelga ilimitada, etc. Véase Emile Pouget en «Le sabotage», Librairie des sciences politiques et sociales, ed. M. Rivière, París (sin fecha).
- (3) Cabe señalar que Big Bill Haywood había conocido a Monatte y Rosmer durante un viaje a Francia y mantenía con ellos una relación política privilegiada.
- (4) La diferencia entre estos dos partidos comunistas se debía esencialmente, como en otros países, a la cuestión de la necesidad más o menos urgente de separarse del Partido Socialista; el Partido de Fraina, compuesto principalmente por las secciones «eslavas» del PS, se decantó más rápidamente por la escisión, mientras que el grupo de Reed aún quería participar en el Congreso del PS. Los dos partidos comunistas lograron fusionarse en 1920. Este partido comunista unificado reunía entre 8000 y 15 000 miembros, en su mayoría «extranjeros».

V. A modo de conclusión

* En este trabajo hemos querido utilizar algunos conceptos marxistas en una situación concreta -el ejemplo del movimiento obrero estadounidense entre 1887 y 1920- con el fin de demostrar su validez explicativa o, al menos, mostrar que se trata de un marco analítico que aún hoy nos permite comprender la historia y la realidad, condiciones imprescindibles para su transformación. En contra de la tendencia de los últimos meses que anuncia, una vez más, la muerte del comunismo (identificado

con los regímenes del «socialismo real»), nos parece más oportuno que nunca intentar mostrar en qué medida la crítica marxista puede seguir siendo eficaz y, con ello, diferenciar la obra esencialmente crítica de Marx de lo que se ha «construido» en su nombre.

Ya Lenin, en *El Estado y la revolución*, denunciaba el intento de deificar, de «momificar» a los revolucionarios. *«Tras su muerte, se intenta convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos por así decirlo, rodear su nombre de una cierta aureola para «consolar» a las clases oprimidas y mistificarlas; Al hacerlo, se vacía de contenido su doctrina revolucionaria, se la degrada y se le quita su carácter revolucionario».* (Lenin: *«El Estado y la revolución»*, Editions Sociales, París 1972, pág. (9).

Hoy se derriban estatuas, se cambian los nombres de ciudades, plazas y calles, del mismo modo que ayer se intentaba deificar a esos pensadores, con el fin de ocultar la aplicación misma de su método crítico a la situación construida en su nombre. Para nosotros, se trata de un cambio de Dios, de ideología, y no de la demostración científica del fracaso del marxismo como teoría crítica de la sociedad contemporánea. Por muy chocante y significativa que pudiera ser para nosotros la efigie de Karl Marx en algunos billetes de banco de la RDA, esperamos que la desaparición actual de estas manifestaciones religiosas facilite el retorno a una comprensión efectiva de la teoría «marxista».

Retomando una «vieja» idea de Karl Korsch, se trata de aplicar el método crítico de Marx a la propia historia del marxismo y del movimiento obrero. Tal ha sido, muy modestamente, nuestro intento al utilizar los conceptos de dominación formal y real -expresión de la oposición de un modo de producción específicamente capitalista mediante la subsunción efectiva del proceso de trabajo- para tratar de dar una explicación a la polarización dentro del movimiento obrero estadounidense entre, por un lado, el sindicalismo corporativista tradicional de la A.F.L., y, por otro lado, un movimiento revolucionario primero espontáneo y luego cristalizado en el seno y en torno a la I.W.W.

El primero, adecuado a la realidad de las necesidades del M.P.C. en su fase de dominación formal, y el segundo, más conforme y producto del paso al modo de producción específicamente capitalista -principalmente gracias a la O.S.T.-, la fase de dominación real (cuya consecuencia fue la integración efectiva del «viejo» sindicalismo en el aparato del Estado). Es cierto que a menudo hemos tenido la tentación de generalizar esta explicación -este esquema- a otras situaciones, si no a los principales centros industriales de principios de siglo (de 1905 a 1920), pero eso sería un trabajo de otra magnitud y alcance, aunque creemos poder detectar importantes similitudes (por ejemplo, entre el movimiento «unionista» de la I.W.W. -véase *One Big Union*- y el de los «sindicatos» en Alemania durante los años 1910 a 1925), tanto en la profunda transformación de la esfera productiva como en sus consecuencias dentro de la propia clase obrera en constante transformación, con el fin de responder cada vez más a las necesidades de la valorización.

Pero, una vez más, no se trata de «conclusiones», sino de nuevas hipótesis que nos gustaría profundizar en trabajos posteriores. Por lo tanto, nuestra principal preocupación en esta tesis ha sido utilizar el análisis marxista de la base económica y sus modificaciones para comprender mejor la historia de la clase obrera y sus luchas.

«Mis investigaciones (sobre la filosofía del derecho de Hegel) llegaron a este resultado: las relaciones jurídicas, al igual que las formas del Estado, no pueden explicarse ni por sí mismas ni por la supuesta

evolución general del espíritu humano; sino que más bien tienen sus raíces en las condiciones materiales de la vida que Hegel, siguiendo el ejemplo de los ingleses y franceses del siglo XVIII, comprende en su conjunto bajo el nombre de «sociedad civil», y es en la economía política donde conviene buscar la anatomía de la sociedad civil». (K. Marx: Prólogo a la «Crítica de la economía política» -1859-, Editions Sociales, París 1972, p.4).

En este sentido, esperamos haber alcanzado nuestro objetivo, es decir, intentar desarrollar la fuerza explicativa de Marx a través de un ejemplo histórico posterior a su obra y, con ello, la fuerza de su teoría como vector de comprensión de la sociedad y sus contradicciones. Por lo tanto, nuestra perspectiva es la de un retorno a la teoría marxista como alternativa a las diferentes explicaciones filosóficas y sociológicas actuales; retorno que no significa repetición, sino «redescubrimiento» de un método de investigación y crítica que, paradójicamente, el «espíritu de la época» no parece haber desmentido. Las numerosas «derrotas» que jalonan la historia del movimiento obrero, y de las que la heroica experiencia de la I.W.W. es una de las múltiples concretizaciones, pueden interpretarse cada vez como la derrota de la teoría marxista o, como hoy -vuelta a Hegel-, como «el fin de la historia; el «triunfo definitivo del capitalismo». Pero esa misma teoría marxista había respondido de antemano a estas afirmaciones periódicas explicando que son las propias derrotas y su comprensión científica las que alimentan la teoría.

«Tenemos la firme convicción de que no es el intento de experimentar en la práctica las ideas comunistas, sino su elaboración teórica lo que constituye el verdadero peligro (para el enemigo de clase), porque a las experiencias prácticas, aunque sean masivas, siempre se pueden responder con cañones en cuanto se vuelven peligrosas, mientras que las ideas que nuestra inteligencia ha concebido victoriosamente, que nuestro espíritu ha conquistado, mediante las cuales nuestro intelecto ha forjado nuestra conciencia, son lazos de los que no nos podemos desatar sin desgarrarnos el corazón, son demonios que el hombre solo puede vencer sometiéndose a ellos». (K. Marx: «El comunismo y el Allgemeine Zeitung». -1842-Rheinische Zeitung n.º 289, citado en Mouvement Communiste, número O, pág. 80).

Esperamos haber compartido con los lectores nuestro entusiasmo, tanto por el uso de conceptos teóricos que nos parecen demasiado poco utilizados (es decir, que rara vez se aplican en el análisis de una situación concreta), y también nuestro entusiasmo por el descubrimiento de un episodio de la historia de la clase obrera que sabíamos -pero no hasta qué punto- rico en heroísmo anónimo y en voluntad de romper las cadenas de la explotación del hombre por el hombre. Por último, esperamos haber contribuido, en la medida de nuestras posibilidades, a la actualización del pensamiento de Marx, sin caer en la mera apología.

Como dice Maximilien Rubel: *«Marx, como crítico, esperaba todo de la crítica para hacer avanzar su obra y completarla. Esta sed de enfrentamientos intelectuales quedó casi totalmente insatisfecha durante su vida, hasta el punto de que se vio condenado al monólogo o a la caza de fantasmas. No abandonemos, pues, a Marx a unos discípulos que, bajo la apariencia de una fidelidad absoluta, sustituyen la crítica deseable y deseada por la traición pura y simple. Oscurantista de nuestra época, el marxista que sirve al Estado policial y a su capital cae bajo la crítica de Marx al igual que el capitalista burgués y su Estado liberal. Hermanos enemigos, o incluso hermanos sin más, el verdadero capitalismo y el falso socialismo están unidos en esta conspiración universal que mantiene*

a la humanidad en un estado de barbarie permanente y la amenaza con la exterminación por el hambre y el fuego. » (M. Rubel: «Marx critique du marxisme», ed. Payot, París 1974, pág. 9).

LISTA DE SIGLAS Y ABREVIATURAS

A.F.L. : AmericanFédérationofLabor(Fédération Américaine du Travail) dirigée par Gompers (d'où l'appellationde "gompériste").

A.F.L.-C.I.O. :American Federationof Laborand Congress of Industrial Organisation (à partir de 1938)

C.N.T. : Confédération Nationale du Travail (syndicat anarcho-sindicaliste d'Espagne)

I.C. : Internationale Communiste (IIIème Internationale).

I.S.R. : Internationale Syndicale Rouge.

I.W.W. : Industrial Workers of the World (Ouvriers IndustrielsduMonde) ou encore "Wobblies").

M.P.C. : Mode de production capitaliste

O.S.T. : Organisation Scientifique du Travail (autrement dit, "système Taylor").

Anexo

***Big Bill Haywood**

Nació en 1869 en un apartamento amueblado de Salt Lake City. Se crió en Utah, en Ophir, en un campamento minero, en un ambiente de peleas, juegos, sábados por la noche y whisky derramado sobre las mesas de póquer donde se apilaban dólares nuevos. A los once años, su madre lo dejó como peón en la granja de un granjero, pero él se escapó porque el granjero le daba latigazos. Esa fue su primera huelga. Se sacó un ojo al tallar una honda con una rama de roble enano. Trabajó en tiendas, regentó una frutería, fue portero en el teatro de Salt Lake, fue recadero y botones en el Continental. A los quince años se marchó a las minas del condado de Humboldt, en Nevada, con un equipaje compuesto por un mono, un jersey, una camisa azul, botas de minero, dos mantas, un juego de ajedrez, guantes de boxeo y un gran pudín de ciruelas que su madre le había preparado para el almuerzo. Cuando se casó, se fue a vivir a Fort Mc Dermitt, construido en su día para defenderse de los indios y ahora abandonado, ya que ya no hay frontera; allí, su mujer dio a luz a su primer hijo sin médico ni comadrona. Bill cortó el cordón umbilical y enterró el placenta; el niño sobrevivió. Bill ganaba dinero por todos los medios: hacía mediciones topográficas, segaba heno en Paradise Valley, domaba potros, recorría a caballo un vasto territorio. Una noche, en el molino Thompson, ocurrió algo extraño: fue uno de los cinco hombres que el azar hizo que se encontraran para pasar la noche en el rancho abandonado. Cada uno de ellos había perdido un ojo y eran los únicos tuertos del país. Perdió su hogar, todo se derrumbó, su mujer enfermó y tenía hijos a su cargo. Se fue a trabajar como minero a Silver City. En Silver City, Idaho, se convirtió en miembro de la Federación de Mineros del Oeste.

*** John Dos Passes.**

42' *Parallèle*. Paris, le Club français du livre. 1949, traduit de l'américain par N. Guterman. Fue delegado de los mineros de Silver City en el congreso de la Federación celebrado en Salt Lake City en 1898. A partir de ese día, fue organizador, orador, propagandista; las necesidades de todos los trabajadores eran sus necesidades; luchó en Cœur d'Alène, Telluride, Cripple Creek, se hizo miembro del partido socialista, escribió artículos y, en todo Idaho, Utah, Nevada, Montana y Colorado, habló a los mineros que estaban en huelga para conseguir la jornada de ocho horas, mejores condiciones de vida y su parte de las riquezas que arrancaban de la tierra. En enero de 1905 se organizó una conferencia en Chicago, en la misma sala de Lake Street donde los anarquistas habían celebrado sus reuniones veinte años antes. William D. Haywood era presidente vitalicio. Fue durante esta conferencia cuando se redactó el manifiesto del que surgieron las IWW. De regreso a Denver, fue detenido y trasladado a Idaho, donde fue juzgado junto con Moyer y Pettibone, acusados del asesinato del ganadero Steunenberg, ex gobernador de Idaho, que había muerto en la explosión de una bomba en su propia casa. Tras su

absolución en Boise (Darrow fue su abogado), Big Bill Haywood era conocido desde el Atlántico hasta el Pacífico como uno de los líderes de la clase obrera. Ahora, las necesidades de todos los trabajadores eran sus necesidades. Era el portavoz del Oeste, de los vaqueros, de los leñadores, de los trabajadores agrícolas y de los mineros. [La perforadora de vapor había dejado en la calle a miles de mineros; la perforadora de vapor había sembrado el pánico entre todos los mineros del Oeste). La Federación de Mineros del Oeste se estaba volviendo reaccionaria. Haywood trabajó con la IWW para crear una nueva sociedad dentro de la antigua, hizo campaña por la elección de Debs como presidente en 1908, en el Tren Rojo.

Estuvo presente en todas las grandes huelgas del Este en las que avanzaba el espíritu revolucionario, en Lawrence, en Paterson, en la huelga de los metalúrgicos de Minnesota. Cruzaron el océano con la AEF para salvar los préstamos de Morgan, para salvar la democracia de Wilson, visitaron la tumba de Napoleón y soñaron con un imperio, bebieron cócteles de champán en el Ritz, se acostaron con condesas rusas en Montmartre y soñaron con un imperio; en todo el país, en las oficinas de la legión estadounidense y en los almuerzos de los hombres de negocios, ser patriota daba beneficios; lincharon a los pacifistas y a los pro-alemanes, a los miembros de la IWW, a los rojos y a los bolcheviques. Bill Haywood fue juzgado junto con los 101 en Chicago, donde el juez Landis, el zar del béisbol, aplicando el procedimiento sumario de los tribunales mercantiles, dictó sentencias de veinte años de prisión y multas de treinta mil dólares. Después de pasar dos años en la prisión de Leavenworth, Big Bill fue puesto en libertad bajo fianza (tenía cincuenta años, era un hombre acabado), la guerra había terminado, pero habían aprendido el Imperio en la galería de los espejos de Versalles; los tribunales se negaron a revisar la sentencia. Haywood tuvo que elegir entre aceptar su libertad bajo fianza o volver a la cárcel durante veinte años. Padecía diabetes, su vida había sido dura, la cárcel había arruinado su salud. Rusia era una república de trabajadores; se fue a Rusia, vivió en Moscú unos años y allí murió; su gran cuerpo fue incinerado y las cenizas fueron enterradas bajo el muro del Kremlin.

Bibliografía de obras y revistas citadas y consultadas

- AGLIETTA M. : Régulation et crises du capitalisme L'expérience des États-Unis Calmann-Lévy, Paris 1976.
- ALTHUSSER L. BALIBAR E. : Lire le Capital I et II Ed. Maspero, Paris 1970 P.C. M., n 30 et 31 .
- BERKERMANN G. : Vocabulaire du marxisme Presse universitaire de France, Paris 1981.
- BOCK G. CARPIGNANO P. RAMIREZ B.: La formazione del l'operaio massa negli U.S. A. - 1898/1922 - Ed. Feltrinelli, Milano 1976.
- BORDIGA A.: Elementos de la economía marxista Edita Zéro, Colección "Lee y Discute" Serie R, n 70, 1977.
- BROUÉ P. : Révolution en Allemagne. Éditions de Minuit, Paris 1971.
- CAMATTE J. : Capital et Gemeinwesen : Le 6è chapitre inédit du capital et l'œuvre économique de Marx Ed. Spartacus, Paris 1978.
- CORIAT B. : L'atelier et le chronomètre. Essai sur le taylorisme, le fordisme et la production de masse. Ed. Ch. Bourgeois, Paris 1979.
- DE MAN H. : Au pays du Taylorisme Ed. "Le Peuple", Bruxelles 1919.
- DOS PASSOS J. : 42ème Parallèle. Ed. Gallimard, Folio n 694, Paris 1988.
- ENGELS F. : La situation de la classe laborieuse en Angleterre. Éditions Sociales, Paris 1973.
- ENGELS F. : Révolution et contre-révolution en Allemagne -1851- N.Y. Tribune in "La révolution démocratique bourgeoise en Allemagne". Éditions Sociales, Paris 1951.
- FREYSSINET M. : La division capitaliste du travail Ed. Savelli, Paris 1970. The rise and repression of radical labor of U.S. A. - 1877-1918- Charles Kerr Publishing Company, Chicago 1980.
- FUSFELD D. R. : The rise and repression of radical labor of U.S. A. - 1877-1918- Charles Kerr Publishing Company, Chicago 1980.
- GOLDMAN E. : L'épopée d'une anarchiste New- York 1886 - Moscou 1920 Ed. Complexe, Bruxelles 1984.
- GUERIN D. : Le mouvement ouvrier aux États-Unis (de 1866 à nos jours). Petite collection Maspero, Paris 1976.
- HAYWOOD W.D. : La storia di Big Bill, Edizioni Iskra, Milano 1977. (L'auto-biografia dei principale rappresentante degli I.W.W.)
- KAMPS M. : Ouvriers et robots Ed. Spartacus, n° 25 Paris 198.
- LABICA G. BENSUSSAN G. : Dictionnaire critique du marxisme. P.U.F., Paris 1982.
- LENINE V. : L'État et la révolution, Éditions Sociales, Paris 1972.
- LINHART R. : Lénine, les Paysans, Taylor. "Essai d'analyse matérialiste historique de la naissance du système productif soviétique" Ed. du Sud Paris 1976.
- LONDON J. : Le talon de fer. U.G.E. 10/18, Paris 1972.
- LONDON J. : Les vagabonds du rail. U.G.E. 10/18, Paris 1972.
- LUKACS G. : Histoire et conscience de classe Éditions de Minuit, Paris 1960.
- MARX K. : Un chapitre inédit du Capital. U.G.E. 10/18, n532-533, Paris 1971.
- MARX K. : Le Capital, 3 volumes Poche, Éditions Sociales, Paris 1976.

MARX K. : Manuscrits de 1857-58 ("Grundrisse") 2 tomes, Éditions Sociales, Paris 1980.
 MARX K. : La guerre civile aux États-Unis. U.G.E. 10/18, n483-484, Paris 1970.
 MARX K. : Critique de l'économie politique, Éditions Sociales, Paris 1972.
 MARX K. : Salaire, prix et profit. Éditions en langues étrangères, Pékin 1975.
 MARX K. ENGELS F. : Textes sur l'organisation. Ed. Spartacus, Paris 1970.
 MARX K. ENGELS F. : Le syndicalisme, 2 tomes, éd. Maspero, Petite Collection Maspero, n 96-97. Traduction et notes de Roger Dangeville, Paris.
 MARX K. ENGELS F. : 1972. Le parti de classe, 4 tomes, éd. Maspero, Petite Collection Maspero, n 120-121-122-123. Traduction et notes de Roger Dangeville, Paris 1973.
 MATTICK P. : Marx et Keynes. Les limites de l'économie mixte Ed. Gallimard, Paris 1969.
 MATTICK P. : Crises et théories des crises, Ed. Champ Libre, Paris 1976.
 NIVEAU M. : Histoire des faits économiques contemporains P.U.F., Paris 1966.
 PELLING H. : Évolution économique des États-Unis du milieu du XIX^e siècle à 1914. Société d'édition d'enseignement supérieur, Paris 1982. Le mouvement ouvrier aux États-Unis. Ed. "Vent d'Ouest", Seghers, Paris 1965.
 POMEROL et MEDOC. : Lordstown 72 ou les déboires de la General Motors. Ed. de l'Oubli, Paris.
 PORTIS L. : I.W.W. et syndicalisme révolutionnaire aux États-Unis. Ed. Spartacus, Paris 1985.
 POUGET E. : Le sabotage. Librairie des sciences politiques et sociales - Marcel Rivière et Cie-, Paris (sans date).
 ROLLE P. : Introduction à la sociologie du travail, Larousse, Paris 1971.
 ROSENSTONE R. : John Reed, Ed. Maspero, Points / Actuels, n 51, Paris 1976.
 RUBEL M. : Marx, critique du marxisme Ed. Payot, Paris 1974.
 TRONTI M. : Ouvriers et Capital. Ed. Ch. Bourgeois, Paris 1977.

- "La Gauche Allemande et la question syndicale dans la III^e Internationale". Kommunistisk Program, Edition P.C.I. Danemark 1971.
 - "Le 1er mai à travers le monde". Sans auteur mentionné, éd. Librairie Sociale, Paris 1914.
 - Quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale Communiste - 1919-1923 - Librairie du travail, Paris 1934. Réédition en facsimilé, Maspero, Paris 1975.

Revue :

- * Cahiers Marxistes, n° 26, octobre 1984, Av. de Stalingrad 18, 20 Bruxelles 1.000
- * Alaluf M. : "Expliquer ou infléchir les rapports sociaux", pg.1 à 12.
- * Communisme ou Civilisation. 23 numéros, 12 années, Dir. Cotte B. P. 8875, 722 Paris, cedex 15.
- * Critique Régionale, n° 4. Institut de Sociologie ULB, Mars 1986.
- * Échanges et Mouvement. "Grève sauvage, dodge truck by Black and Red", June 1974, février 1977
 B.P. 24, 75866 Paris cedex 18.
- * Invariance, première série (8 numéros) de 1966 à 1969, cf. Camatte J., Brignoles, France.
- * Le Fil du Temps. 14 numéros, cf. Angot Jacques B.P. 24, 75924 Paris cedex 19.
- * Matériaux pour l'intervention. Supplément au n° 7 de "La stratégie du refus", 1973, Directeur de publication Yann Moulier, cf. Andler M. B.P. 4206, 75261 Paris cedex 06.